Feminismo pasado y presente

CAMILLE PAGLIA



«¿Qué es exactamente el feminismo? ¿Es una teoría, una ideología o una praxis, es decir, un método práctico? ¿Y acaso es el feminismo tan occidental en sus premisas como para no poder exportarse a otras culturas sin distorsionarlas? […] ¿Quién es o no es feminista y quién lo define? ¿Quién le confiere legitimidad o autenticidad al feminismo? ¿Una feminista debe formar parte de un grupo o debe asimilar la ideología abanderada por alguno de sus subgrupos? ¿Quién decide, y con qué autoridad, lo que está o no está permitido pensar o decir sobre políticas de género? Y, por último, ¿el feminismo es un movimiento intrínsecamente de izquierdas o puede haber un feminismo basado en principios conservadores o religiosos?».

Nadie como Camille Paglia para hacer preguntas incómodas. Pocas veces un libro tan breve como este habrá dado pie a tanta polémica, tantas ideas encontradas y tantos motivos para reflexionar.

epublibre

Camille Paglia

Feminismo pasado y presente

ePub r1.0
Titivillus 14.12.2019

Título original: *Free Women, Free Men*
Camille Paglia, 2017
Traducción: Gabriela Bustelo, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA CONFERENCIA DEL MIT: CRISIS EN LAS UNIVERSIDADES ESTADOUNIDENSES

Gracias, profesor Manning, por su amabilísima presentación. Y les diré que es un placer estar aquí, *a tiro de piedra* de Harvard.

Me dirijo a ustedes esta noche tras veinticinco años de cambios de sexo y de considerable ambigüedad sobre la orientación sexual. Yo soy los años sesenta y vuelvo como una aparición, para atormentar al presente.

Al saber que iba a hablar aquí en el MIT, me enfrenté a un dilema. Me pregunté: ¿debo intentar portarme como una dama? Porque saber, sé hacerlo. Es difícil. Me supone un esfuerzo, pero soy capaz de hacerlo durante unas horas. Al final pensé: *bah, no*. Esta gente, mis amigos y mis *enemigos* que están hoy aquí, no vienen a verme en plan dama. Por eso decidí ser yo misma, ya saben, desagradable, estridente y molesta. Así que al acabar podrán salir y decir: «¡Qué cabrona!».

Pues bien, el motivo por el que recibo ahora tanta atención creo que es bastante obvio: estamos en un momento en el que hay una especie de callejón sin salida en el pensamiento contemporáneo. Y lo que yo represento es el pensamiento independiente. Lo que represento es la esencia de los años sesenta, que es el pensamiento libre y la libertad de expresión. Y eso a mucha gente no le gusta. Hay mucha gente, con buenas intenciones y en ambos lados del espectro político, que quiere acabar con la libertad de expresión. Y mi misión es causar los estragos máximos siempre que tenga la oportunidad.

En los últimos tiempos he estado criticando lo que llamo la politización del *date rape* (la violación cometida por un conocido). Del mismo modo que la violación me parece un ultraje, creo que la propaganda y la histeria en torno al *date rape* son igual de escandalosas desde la perspectiva de los años sesenta, incluso algo totalmente reaccionario si se contemplan con la mentalidad de los años sesenta.

Por eso seguiré atacándolas. Y continuaré atacando a las personas bienintencionadas que creen estar protegiendo a las mujeres cuando, de hecho, las están infantilizando […].

El motivo principal de que esté tan furiosa es que el año pasado fui a una ponencia en la universidad de Pensilvania y, bueno, voy a empezar por identificar a la conferenciante. He aguantado un año sin hacerlo, pero acabo de soltarles el nombre a los editores de una revista de Cornell, así que ya puedo hablar claro. Era Diana Fuss, una teórica feminista muy prestigiosa de la universidad de Princeton. El caso es que parece una mujer de lo más amable. ¡Esa es la *pena*! Era una mujer tan simpática… Nunca había oído hablar de ella, no la conocía. Fui a la conferencia aquella y pensé: «Esto es *atroz*, ¡qué está pasando aquí!». Un aula magna llena de mujeres jóvenes de la universidad de Pensilvania, hasta ahí perfecto, y la Diana Fuss esta, una mujer de lo más amable, muy americana, vamos, que no estamos hablando de una cosmopolita, ni siquiera cosmopolita con minúscula… Y lo que hizo fue mostrar una serie de diapositivas que había preparado ella misma, con imágenes de anuncios contemporáneos, ilustraciones de *Harper's Bazaar* y tal.

Bueno, pues déjenme contarles la historia entera de lo que pasó aquella noche. Normalmente, cuando te toca una conferencia aburrida puedes desconectar. Ya saben, puedes hacer mentalmente la lista de la compra, pensar en la ropa que tienes que lavar y demás, ¿no? Pues en este caso fue una auténtica *tortura*, porque mientras Fuss hablaba iba poniendo unas imágenes *preciosas* en la pantalla, de esas imágenes bonitas que estimulan la mente y la imaginación, ¿me entienden? Y al mismo tiempo se dedicaba a *destrozar* las imágenes con una cháchara espantosa sobre Lacan, una cosa densa y laberíntica. Así que me dio un ataque y empecé a despotricar. La gente se volvía a mirarme, haciendo gestos de que me callara. Pasé toda la conferencia *retorciéndome* en mi asiento [*imita los espasmos de una electrocución*]. Fue *espantoso*. Déjenme que les ponga un ejemplo. Había un anuncio de Revlon de una mujer metida en una piscina azul, y

estaba muy bien maquillada, y obviamente habían usado un reflector para dirigir la luz del sol hacia su rostro, que parecía emitir un brillo propio. Era un anuncio precioso. Pero Diana Fuss seguía a lo suyo: «Decapitación-mutilación».

Y luego había una hermosa imagen, de *Harper's Bazaar*, creo, de una mujer negra con un jersey de cuello alto color rojo carmesí. Pero en lugar de llevar el cuello vuelto, como suele verse, lo llevaba así, subido sobre la barbilla. Era muy bonito. Ella parecía una flor. Y llevaba unas gafas de aviador que reconocí, ¡de la década de 1930! Entonces Diana Fuss dijo: «Está cegada». Lo que yo hubiera dicho es: «Posee visión mística». Pero claro, con un jersey de cuello alto, ¿qué vas a decir? Pues «¡Estrangulamiento, ataduras!». Y la cosa siguió así, imagen tras imagen tras imagen. «Esto es *psicótico*», pensaba yo. Esta malinterpretación radical de la realidad es psicótica. Pero es un sistema completo. La psicosis es un sistema. Las personas incluidas en ese sistema lo consideran de lo más racional.

Pero lo que peor de la conferencia aquella era que había doscientas mujeres jóvenes que no entendían *ni una palabra* de lo que estaban oyendo, todo ese galimatías de Lacan, diciendo para sus adentros: «Ay, *fíjate*. Una profesora de Princeton, una *grande* de Princeton. ¡Qué mujer tan inteligente!». Y pensé: «Qué maldad». Pero Diana Fuss no es una mala persona. Es una mujer amable. Sin embargo, si lo que estás *haciendo* es malo, lo siento, hay que *pararte* los pies. Y aquello era una perversión. Una auténtica perversión. Cuando destruyes la capacidad de la juventud para disfrutar de la belleza, ¡eres una tipa pervertida! Así que me puse de pie, ya muy nerviosa, la verdad, y ella reaccionó bien, he de decir. Porque yo era una loca furiosa de la que ella no había oído hablar en su vida, mi libro acababa de salir, y ahí me tenía, agitando los brazos en mitad de su conferencia. Le dije que no pretendía condenarla, porque sabía que lo que estaba haciendo era el resultado de diez años de feministas haciendo lo mismo. Pero tenía una pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué a las feministas les cuesta tanto apreciar la belleza y el placer, dos campos en los que los hombres homosexuales han hecho unas contribuciones culturales tan *sobresalientes*? ¿Por qué un hombre gay sí es capaz de reaccionar positivamente? Por eso me llevo tan bien con los hombres homosexuales y no me entiendo con las lesbianas feministas. Esta es la razón por la que mi sexualidad es completamente neutra. No encajo en ningún lado. Soy como este ser errante, el Anciano Marinero. Una cosa tremenda.

El caso es que al terminar la ponencia bajé a hablar con Diana Fuss para averiguar cuánto sabe de arte, porque es una académica típica, es decir, un producto de los departamentos de letras. Bastó hablar con ella un poco para comprobar que no sabe nada de arte. Y también podría decir que tampoco sabe nada de cultura popular. El problema está claro. No puedes abrir una revista y al ver una foto de una mujer desnuda saltar de pronto a Lacan. ¡Eso no se puede hacer! Porque las revistas de moda forman parte de la historia del arte. Cuentan con grandes fotógrafos, con excelentes estilistas. Y los hombres homosexuales han hecho enormes contribuciones a la fotografía de moda. Esa noche dejé al público atónito con mi intervención. «La historia de la fotografía de moda desde 1950 hasta 1990 es uno de los grandes momentos de la historia del arte», les dije. «¿*Cómo* puede decir eso?», me respondieron. Porque, claro, obviamente la moda oprime a las mujeres.

Y la belleza, según nos cuenta la señorita Naomi Wolf, es una conspiración heterosexista de un puñado de hombres encerrados en una habitación para destruir el feminismo. Esta es la *patraña* que corre por ahí. Por cierto, a Naomi la llamo «Doña Pravda». Esta semana tenemos un cara a cara en la MTV, por si les interesa. Pero no salgo con ella en el mismo plato. Oprah intentó convencerme de que fuéramos las dos a su programa. Y un programa italiano de tertulia política quería pagarme el vuelo para sacarnos juntas. Pues no. Siempre digo lo mismo: «¿Hubiera querido Caruso cantar con Tiny Tim?». Si quieren entender los fallos de la educación de las universidades de élite, echen un vistazo a *El mito de la belleza*, el libro ese de Naomi Wolf. Hablamos de una licenciada *magna cum laude* por Yale, de una académica con una beca Rhodes que, sin embargo, es incapaz de escribir un párrafo coherente. Estamos ante una mujer que no sabe hacer un análisis histórico, ¿y es becaria Rhodes? Para comprobar el daño infligido hoy a las mujeres inteligentes en las universidades de élite, basta con hojear ese libro. Es un *escándalo*, porque Naomi Wolf es una mujer inteligente. Pero es una víctima de la educación que ha recibido. Si lees a Lacan es lo que pasa, que se te queda el cerebro hecho puré. Wolf podría decir cosas relevantes. Pero es incapaz. Tiene la cabeza llena de fantasías paranoicas. La educación que ha recibido estaba completamente desconectada de la realidad.

Por eso pretendo reformar por completo la educación, para poder obtener un trabajo intelectual del máximo nivel por parte de las mujeres. Hasta entonces no se va a conseguir. Hay una generación perdida de mujeres que salen de estos programas de estudios de género: toda una generación perdida. Si te dedicas a leer a Gilbert-Gubar, a Hélène Cixous y toda esa *bazofia* francesa, es a lo que te expones. Gracias a Dios, yo me libré. Por suerte, solo me tocó leer a hombres y a Simone de Beauvoir. Bueno, y a Jane Harrison y Gisela Richter, entre otras grandes escritoras y grandes académicas. Mantuve unos *estándares muy altos*. Pero no

dije eso de «Vamos a imponer unas pautas nuevas, unas pautas femeninas, y vamos a darnos premios femeninos unas a otras, que haya un bote solo para mujeres y demás». Porque si haces eso nadie se toma en serio el trabajo de ninguna mujer. ¿Alguien cree que los hombres se toman todo esto en serio? ¿O que alguien lee a Gilbert-Gubar? Porque, a ver, ¿quién lee a Gilbert-Gubar? ¿Y esa basura mediocre y refinada de Carolyn Heilbrun, una judía que todavía escribe como si no lo fuera? ¿Eso es feminismo? *¿Feminismo?* Es una basura de tercera clase, de calidad pésima. Y es espantoso que a nuestras jóvenes se les mande leer textos como los de Lacan cuando están en segundo de carrera y no han leído ni a Freud. ¿De qué sirve leer a Lacan si no has leído a Freud? Porque Lacan entero es un análisis de Freud. Así que es *ridículo*. Es una situación dramática. Necesitamos una reforma intensiva, en todos los niveles.

Pero volvamos a mi pequeño repaso. En 1969, cuando surgió el movimiento de reivindicación de las mujeres, me fue prácticamente imposible hallar puntos en común con mis «hermanas». Allí tuvimos broncas a grito pelado. La más gorda fue por culpa de los Rolling Stones. Entonces fue cuando me di cuenta, y era el año 1969, fíjate tú, de que yo no pintaba nada ahí. Y me largaron *rápido*. Pero tuve una discusión tremenda. Porque les dije que no se pueden aplicar los objetivos políticos de uno al arte. Cuando se trata de arte, debemos hacer otras distinciones. La pelea fue sobre la canción «Under My Thumb». Yo les decía que era una gran canción, pero no solo una gran canción, sino también una obra de arte. Y las feministas de la banda de *rock* de Liberación de Mujeres de New Haven se enfurecieron, me rodearon y les faltó poco para escupirme. Me acorralaron contra una pared, literalmente. Y me chillaban a muy poca distancia de la cara: «¿Arte? ¿Arte? ¡Nada que denigre a las mujeres puede ser arte!». Ahí lo teníamos. Muy clarito. Desde el primer momento. El fascismo del feminismo contemporáneo.

El feminismo tiene doscientos años. Desde que Mary Wollstonecraft escribió el manifiesto aquel en 1790, han pasado doscientos años. Fases ha habido muchas. Podemos criticar la fase presente sin criticar necesariamente el feminismo. Lo que yo quiero es librar el feminismo de las propias feministas. Con lo que me identifico es con el feminismo de antes de la guerra, el de Amelia Earhart, el de Katharine Hepburn, que me produjo un impacto tremendo. En esos tiempos había mujeres que tenían independencia, que tenían confianza en sí mismas y que eran responsables de sus actos, sin culpar a los demás de sus problemas. Me gustaría traer eso de vuelta. Y mi vida ha sido un buen ejemplo de eso. Porque mi carrera fue un desastre, pero no culpé a nadie. Me responsabilicé de lo que había escrito. Si no lograra publicarlo en vida, lo dejaría como un recado que me sobreviviría, a lo Emily Dickinson, para seguir torturando a la gente desde la tumba.

Así que en 1969 vi de inmediato —y aún tenemos este problema, veinte años después del nacimiento del feminismo actual— que hay dos elementos relevantes que el feminismo ha excluido y que deben integrarse en él. Eso es lo que estoy haciendo. Esa es mi contribución. Una de esas exclusiones fue la estética. Desde el principio hubo un problema con la estética, una dificultad para tratar con la belleza y el arte. Les puede parecer un problema superado, pero no lo es. El lugar destacado que ocupan todavía Naomi Wolf y su libro indica que lo que estoy criticando todavía constituye un problema hoy. Basta leer los comentarios de las feministas veteranas en la contracubierta de su libro, incluyendo a Germaine Greer, que aseguraba: «Desde que *yo* escribí el mío, este es el libro más importante», lo que demuestra que el asunto sigue siendo relevante.

Como íbamos diciendo, la estética. Porque una de mis primeras aptitudes fue mi capacidad de reaccionar ante la belleza. No descarto que sea una cualidad innata en los italianos, honestamente. Hay una predisposición hacia el arte, un gen artístico que tenemos. Desde muy pequeña, me cautiva la belleza. No me cohíbe estar en presencia de un ser hermoso. No me pongo a lloriquear [*gesticula como si se secara las lágrimas*] gritando: «¡Ay, *nunca* seré así de guapa!». Esa actitud tan ridícula es precisamente la de Naomi Wolf. Cuando los hombres ven un partido de fútbol o cualquier otro encuentro deportivo, no gimotean «¡Ay, *nunca* seré tan rápido, *nunca* seré tan fuerte!». ¿Se suicida alguien al ver el David de Miguel Angel? No. Pues a eso me refiero. Al ver a una persona fuerte o a una persona ágil, decimos: «¡Bravo! Es maravilloso». Y al ver a una persona bella, decimos: «Qué guapo o qué guapa». Eso es lo que pretendo devolver al feminismo. Decimos: «¡Qué belleza, qué hombre tan guapo, qué mujer tan guapa, qué pelo tan bonito, qué pechos tan bonitos!». Vale, ahora me denunciarán por acoso o algo así. Y no me dejarán salir de esta sala.

No deberíamos tener que disculparnos por disfrutar de la belleza. La belleza es un valor humano eterno, no un truco inventado por un corrillo de publicistas siniestros en una habitación de Madison Avenue. En *Sexual Personae* escribí que la belleza la inventaron en Egipto. Durante tres mil años, en el apogeo de la civilización africana, imperó una cultura basada en la belleza. En nuestro mundo actual tenemos dos grandes culturas, Francia y Japón, organizadas en torno a la idea de la belleza. El problema del feminismo con la belleza es un prejuicio provinciano. Tenemos que superarlo. Por supuesto que cualquier adicción,

incluida la obsesión con la cirugía plástica, es un problema. Es un problema obvio. Como lo es cualquier adicción. Pero esto es culpar de la anorexia a los medios; esto es la especialidad de Naomi… *¡por favor!* La anorexia procede de las familias blancas; de esas familias blancas, agresivas y perfeccionistas, cuyas hijas siempre acaban estudiando en Yale. Naomi llega a Inglaterra y exclama: «Anda, resulta que todas las universitarias de altos vuelos tienen trastornos alimenticios… Fíjate, pues esto debe de ser culpa de… *¡los medios!*». A ver si resulta que es que tú eres una hija sumisa, una alumna pelota y una lameculos. A ver si resulta que eres *una yupi*. A ver si resulta que tú, doña Yupi, pretendes haber logrado destripar *el sistema*. ¿No es interesante que sea precisamente la señorita Naomi, que ha triunfado dentro *del sistema*, que ha recibido los premios que le ha entregado el sistema, que es la princesa del sistema, que sea *ella* la que va de maldita por la vida? Vamos a ver, la que ha sido pobre y rechazada *soy yo*, ¿no debería ser yo la que se queja? *Pues no*, porque yo soy una persona culta, entiéndanme, y ella es una mema.

La segunda deficiencia del feminismo está en el campo de la psicología. Desde el principio, Kate Millett prohibió a Freud por ser sexista. Y por eso tenemos este horror que ha surgido durante los últimos veinte años: el feminismo tratando de construir una teoría del sexo sin Freud, que es uno de los más grandes maestros de la historia, uno de los grandes analistas de la personalidad humana. Ojo, que no digo que haya que *consentirle* todo a Freud. Yo no leo a Freud y digo: «Anda, esta es la última palabra sobre la raza humana». ¡Ni mucho menos! Le sigo la pista y digo: «Esto es interesante, pero quizá haya que redondearlo un poco». Y entonces lo redondeo con lo que se me ocurra, un poco de Jung, un poco de Frazer, a quien admiro mucho, o incluso con algo de astrología. Quiero decir, que encuentro cosas que me sirven en todas partes. Incluso en las telenovelas, que me encantan. Como aquellas de Lana Turner. Puedo basarme en cualquier cosa. Soy muy sincrética, muy ecléctica. Pero insisto en que Freud debe ser *la base* de cualquier interpretación psicológica. Tenemos que leerlo a él primero, no a estas mujeres menores, y construir toda teoría partiendo de ahí. Esta obsesión en plan «Pero ¿has leído lo de Jeffrey Masson sobre la teoría de la seducción?». Por favor, ¿a quién le *importa*? Todo este rollo de desenmascarar la figura paterna y la fijación con las debilidades de las grandes figuras… es infantil. Totalmente infantil. Leemos a los autores más importantes no porque todo lo que dicen sea la verdad del evangelio, sino porque nos abren la imaginación, nos aumentan el cociente intelectual, ¿de acuerdo? Y porque nos activan células cerebrales que ni siquiera sabíamos que teníamos.

Estamos hablando de esos dos grandes campos ausentes en el feminismo contemporáneo: la estética y la psicología. En el momento actual se trata de una psicología incoherente. También hay un tercer elemento, creo yo, aunque otros podrán no estar de acuerdo, que es una mentalidad política ingenua, que culpa de todos los problemas humanos a los varones blancos imperialistas que han victimizado a las mujeres y a las personas de color. Esta visión de la historia procede de personas que no saben nada de historia. Porque si al encontrarte con la palabra «imperialista» piensas automáticamente en Estados Unidos, entonces es que no sabes nada. Basta haber estudiado historia antigua para saber que el imperialismo prácticamente se inventó en Egipto y en Oriente Próximo. Si el tema es el imperialismo, hablemos de Japón o Persia, por mencionar un par de casos. No es solo un monopolio masculino blanco.

Lo que necesitamos, como ven, es una enseñanza sistemática de la ciencia política y de la historia. Parece obvio que hay una necesidad de esto ahora. A partir de los años sesenta en Estados Unidos surgió un apetito por la historia, pero el mundo académico no parecía dispuesto a hacer el esfuerzo necesario para dominar la historia, la antropología y demás. Lo que dijeron fue algo así como «¡Oye, que necesitamos aprender historia! A ver qué hacemos. Vale, pues tiremos de Foucault». Fue algo así. Algo parecido a lo que hacen los patos recién nacidos, que se van detrás de lo primero que ven. Si ven una aspiradora, creen que es su madre y se van detrás de la aspiradora. Pues eso fue lo que pasó. Foucault es la aspiradora a la que todos siguieron.

Pero gracias a Dios, para cuando Lacan y Foucault aparecieron en el panorama cultural, yo tenía hechos los deberes. Había estado leyendo en profundidad, no solo en la universidad, sino especialmente durante los cursos de posgrado en la biblioteca de Yale. Así que cuando llegaron, estaba intelectualmente preparada para poder distinguir lo tramposos que son. Por tanto, nunca me afectó. Sin embargo, hay personas que dedicaron veinte años de su vida a estos personajes y que ahora, obviamente, se enfadan cuando alguien les dice: «Uf, menuda pérdida de tiempo». Es como la época aquella en que la gente sin un gusto propio compraba muebles de cuero falso de Naugahyde con estampado de cebra. Entraron al trapo por completo y ahora tienen la casa llena de esos trastos. Y resulta que veinte años después llega alguien como yo y les dice: «Pues fíjate, resulta que eso ya está *pasado*. Y no solo eso, sino que siempre fue de pésimo gusto». Es fácil entender que se enfaden conmigo. ¡Les indigna saber que no pueden librarse de esos muebles! ¡Son veinte años de muebles!

Pero ha llegado el momento de un cambio. Creo, de verdad, que algo está pasando. Lo noto. Durante unos veinte años, nadie me hizo ni caso. Era como darme de cabezazos con la pared. Nadie se paraba a escucharme, nadie entendía lo que pretendía mi libro y la gente me miraba con cara de pocos amigos. Y ahora, de repente, la gente me escucha. No soy yo quien ha cambiado. Está cambiando la cultura. Algo está pasando. Estamos entrando en otro ciclo astrológico de veinte años. Me emocionó hace unos meses ver que Arsenio había llevado a su programa a Fifth Dimensión, reunidos de nuevo. Después de pelearse, tirarse los trastos a la cabeza y tal, se habían vuelto a juntar ¡y estaban cantando «Aquarius» en Arsenio! Aquello me conmovió mucho. Pensé: «Esto es una señal. Vuelven los sesenta». Hay frases en esa canción con las que me identifico por completo, como «La verdadera liberación de la mente». Es precisamente lo que defiendo: «La verdadera liberación de la mente».

Y por desgracia lo que está sucediendo hoy con estas charlas en plan santurrón es que son casi sermones sobre sexo, pues resulta que los terapeutas de la violación y demás son gente que no se da cuenta, pese a sus buenas intenciones, de lo opresivo que es todo esto para el sexo, lo desastroso que es para la mente y para el espíritu, esto de permitir a los expertos en violaciones que se hagan cargo de la nueva etapa cultural. Hacen una gran labor y es estupendo contar con ellos. Pero no podemos permitir que se proyecte este escenario de rapacidad y brutalidad masculina frente a la victimización de las mujeres. Tenemos que lograr que las mujeres acepten que son seres *responsables* y que su sexualidad es algo que les pertenece. También es algo que les aporta un enorme poder. De ellas depende que ese poder se use correctamente, decidiendo con prudencia dónde ir y qué hacer. ¿Y se me acusa de ir en contra de las mujeres por esta actitud? ¿Por pretender devolver el sentido común al discurso sobre la violación?

Es frecuente que la gente me diga: «Uf, siempre hablas de las feministas como si fueran un ente monolítico. Pues no somos monolíticas. Somos muy plurales. Tenemos muchos puntos de vista diferentes». Perdona, pero no. El tema del *date rape* demuestra que estoy en lo cierto. En Estados Unidos se oye una sola voz hablando de la «violación amistosa». De costa a costa del país se oye *una sola voz* que repite lo mismo, una voz idiota, malhumorada, puritana, condescendiente e histérica. Pero ¿dónde se han metido todas esas feministas de mentalidad tan sofisticada? ¿Dónde estarán? Pues de brazos cruzados, encerradas en sus pequeñas madrigueras donde quiera que estén, ya sea en el East Village o en Harvard. Se escondan donde se escondan, están de brazos cruzados. No se alzó una sola voz para intentar racionalizar esta histeria de la violación amistosa. Yo soy una profesora con años de experiencia. Soy consciente de que los estudiantes de primero pueden toparse con una serie de problemas en la universidad, así que es una idea excelente concienciar a los recién llegados sobre la violación entre conocidos, no solo a los hombres, para advertirles que no se tolerará ninguna infracción del comportamiento civilizado, sino también a las mujeres.

La aseveración de que el feminismo es el primer colectivo que denuncia la violación es una calumnia grave para los hombres. A lo largo de la historia, la violación ha sido condenada por numerosos hombres honorables. Los hombres honorables no asesinan; los hombres honorables no roban; los hombres honorables no violan. Esto queda patente a lo largo de la historia de la humanidad; La violación de Lucrecia por Tarquinio provocó la caída de los tiranos y el comienzo de la república romana. Esta idea de que el feminismo habría descubierto milagrosamente que las mujeres fueron explotadas y violadas a lo largo de la historia es ridícula. Este asunto de la violación, entre otros, deberíamos eliminarlo del temario de los estudios de la mujer y trasladarlo al de la ética. Porque pertenece a *la ética*. Tenemos que preguntarnos cómo conviene educar a los niños, y a las niñas, para que crezcan sabiendo comportarse en sociedad. Pero habría que ponerlo en un contexto filosófico general. No vale esto de centrarse en el asunto de repente, en el primer curso de la universidad, ¡porque entonces ya es demasiado tarde! Parece obvio que no vas a lograr convertir a nadie con un par de documentales sobre la violación, alguna manifestación y un montón de folletos. Así no le cambias el cerebro a nadie. El caso es que la ética siempre ha condenado estos abusos de poder. La historia de la humanidad no consiste en una serie interminable de atrocidades. Los hombres también han protegido a las mujeres. Les han proporcionado alimento. Les han dado cobijo. Y han muerto para defender sus países y a las mujeres de sus países. Debemos volver la vista atrás y reconocer lo que los hombres han hecho por *las mujeres*.

Los hombres han creado el mundo tecnológico de hoy, gracias al cual soy posible *yo*. Recuerdo a mi abuela paterna en el porche trasero de la casa de Endicott, restregando la ropa en una tabla de lavar. Tenía nueve hijos. La recuerdo bien. Yo, su nieta, he podido darme el placer de escribir este libro gracias a la revolución tecnológica y al capitalismo moderno que tan mala fama tiene. Basta con echar un vistazo al mundo, vale, para ver cómo están las cosas. ¡Uf, gracias a Dios que nací en Estados Unidos! ¡Menos mal! Cuando fui a Europa… La bruma del convencionalismo lo empaña todo en Europa, incluso en Reino Unido, que es un país con mucha libertad de expresión y de pensamiento. En Estados Unidos, la mujer es más libre

que en ninguna otra parte del mundo. Nunca en la historia han sido tan libres las mujeres como lo son aquí. Y esta actitud de despotricar, de dar la matraca, de criticar el capitalismo, de quejarse de Estados Unidos y de los hombres, todo este lloriqueo es tremendo, es una conducta infantil, adolescente y es *malo* para las mujeres. Es absolutamente nefasto convencer a las mujeres jóvenes de que han sido víctimas y de que su herencia es la victimización. Esta es otra perversión.

Transcripción de la conferencia pronunciada el 19 de septiembre de 1991 en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), presentada por Kenneth Manning, catedrático de Historia de la Ciencia, en nombre del Writing Program.

MUJERES DEL SUR: MITOS VIEJOS Y FRONTERAS NUEVAS

Las mujeres jóvenes de hoy tienen una multitud de opciones para afrontar el futuro. El sistema les ofrece posibilidades para hacer una carrera profesional y han caído muchos de los obstáculos que constituían la discriminación, gracias a la modernización de la normativa estatal acompañada del correspondiente cambio social. Sin embargo, aún quedan desafíos para las mujeres que pretendan armonizar una carrera con el matrimonio y la maternidad. Desde la perspectiva de los últimos cinco mil años de civilización, este territorio sigue siendo una frontera nueva.

Desde las incendiarias guerras culturales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XX, que recibieron una amplia cobertura mediática, el feminismo parece hoy relegado a los blogs y al teatro callejero esporádico. Las encuestas aseguran que la mayoría de las mujeres jóvenes, en Estados Unidos y en el resto del mundo, ya no se identifican con el feminismo, lo que seguramente se deba, al menos en parte, al absurdo tono castigador y antimasculino que todavía impregna buena parte del discurso feminista. Pese a haber dedicado parte de mi trabajo académico de posgrado a las minorías sexuales, aquí me voy a centrar en ese grupo mayoritario de mujeres que aspiran a una vida en común con un hombre. Mantengo desde hace tiempo que las mujeres sureñas, por una serie de razones culturales, manejan una fórmula de conducta —cordial pero decidida— más lograda que la más militante y en ocasiones marimandona de las mujeres del norte, tal vez procedente del puritanismo de Nueva Inglaterra. Para preparar esta conferencia he leído mucho sobre la historia del sur de Estados Unidos, procurando resolver las dudas por mi cuenta. ¿Las estadounidenses sureñas, tanto blancas como negras, tienen un poderío personal que las mujeres del norte del país han perdido o nunca tuvieron? Y, de ser esto cierto, ¿en qué consiste esa fuerza y cómo podría conservarse y redefinirse para el futuro?

En esta ponencia presentaré tres ejemplos relevantes de mitos tradicionales sobre las mujeres sureñas que, pese a haber sido duramente criticados o incluso rechazados de plano, se conservan por hallarse incrustados en la literatura, el cine, la televisión y la publicidad. Mi argumento es que en cada uno de estos tres estereotipos anticuados subyace un residuo de poder auténtico que se puede extraer e incorporar a los nuevos modelos de individualidad contemporánea, tan faltos de inspiración y motivación. Los tres mitos, que tienen una cierta base histórica, son: la fiera anciana de las montañas Apalaches, con las botas manchadas de barro y fumando una pipa hecha de una mazorca de maíz; la *Mammy*, la cariñosa mujerona que cuidaba de la familia en las plantaciones anteriores a la guerra civil, cuya polémica imagen conserva en su logotipo la marca de masa para tortitas Aunt Jemima; y por último, la bella damisela del sur, un personaje idealizado por la élite de los propietarios blancos antes y después de la guerra civil.

Conviene destacar las raíces rurales de estos tres mitos. En mi opinión, el feminismo de la segunda ola, a pesar de su proclamado enfoque en las mujeres corrientes, de clase trabajadora o privadas de sus derechos, ha acabado centrado en las preocupaciones y quejas de las mujeres de clase media-alta que ambicionan el estatus social y las recompensas materiales de un sistema económico construido por y para hombres. A pesar del rápido desarrollo de centros urbanos como el de Atlanta durante estos últimos cuarenta años, el sur de Estados Unidos sigue siendo muy rural en cuanto a costumbres y convicciones. Soy especialmente sensible a este tema porque en mi familia me preceden dos generaciones de granjeros: mi madre y mis cuatro abuelos nacieron en la campiña italiana, donde todavía viven varias ramas de la familia. Además, cuando estaba en el colegio viví un tiempo en una granja de productos lácteos mientras mi padre daba clases en el instituto del pueblo de Oxford, en el estado de Nueva York. Tengo la tesis de que las campesinas eran —y son— más fuertes física y mentalmente que la mayoría de las ejecutivas triunfadoras y pudientes

que hacen pilates como posesas en sus elegantes gimnasios urbanos.

Más allá de eso, me preocupa lo que considero una regresión en el discurso de las mujeres elitistas del norte que son supuestas divulgadoras del feminismo, pero cuyas peroratas en la universidad y al comienzo de sus carreras suenan cada vez más ñoñas, insípidas o incluso molestamente juveniles, cosa que quizá proceda de su monótona educación burguesa en el paisaje estéril del típico suburbio con centro comercial. La sobreprotección casera de las niñas mimadas de clase media se prolonga en las carísimas universidades del norte con el paternalismo intervencionista de un ejército de gerentes universitarios en constante expansión, que hoy usa consignas inconstitucionales para imponer el discurso políticamente correcto sobre sexo y género.

Por ejemplo, hace tres años un polémico suceso que tuvo lugar en la universidad de Yale desencadenó un escándalo que llevó a ordenar el cierre de la fraternidad Delta Kappa Epsilon durante cinco años. El Centro de Mujeres de Yale protestó porque la fraternidad requería un juramento que incluía cantar unos versos con lenguaje pornográfico dentro del venerable recinto universitario, que está rodeado de dormitorios de estudiantes de primero. Los versos eran de una vulgaridad indudable (tanto que no me atrevo a citarlos aquí) y se catalogaron como un discurso de odio, cuando de hecho eran una burla satírica del mantra feminista «No es no». Como la cúpula directiva de Yale tardó en responder, un grupo de dieciséis estudiantes y recién licenciados de la universidad presentó una queja ante la Oficina de Derechos Civiles del Departamento de Educación federal, logrando que Yale cediera. Como era de esperar, esto generó la creación de un nuevo estrato burocrático y de otro comité especializado en denuncias por conducta sexual indebida.

Este sistema de vigilancia académica que de hecho controla las vidas privadas de los estudiantes, hoy aceptado a escala nacional en Estados Unidos, es prácticamente desconocido en Europa. En mi opinión, aunque en la relación de supervisión de docentes a estudiantes debe haber unas pautas razonables sobre el acoso sexual, las universidades no deben interferir en la actividad de los alumnos fuera del aula, a menos que se haya cometido un delito, en cuyo caso se debe llamar a la policía. Pero en cuanto a nuestro tema actual, ¿por qué estas autoproclamadas feministas se lanzan a pedir ayuda al gobierno por una bobada de unas palabrejas malsonantes recitadas al aire libre por la noche? Las mujeres de mi generación, la de 1960, luchamos para eliminar a las figuras autoritarias de nuestras vidas en una época de normas estrictas de convivencia en las universidades, cuando los profesores reclamaban el deber de actuar *in loco parentis*, es decir, «en lugar del padre». Y lejos de salir corriendo a lloriquearle al gobierno por un grupo de hombres cantando bobadas, habríamos montado un contraataque irónico, respondiendo con un lenguaje aún más chabacano sobre los fallos y las majaderías de los hombres. Aquí es donde las feministas del norte de Estados Unidos tienen mucho que aprender de las brillantes actuaciones de la actriz Dixie Carter, nacida en Tennessee, en el papel de Julia Sugarbaker en la célebre serie *Designing Women*, localizada en Atlanta y emitida en la cadena CBS desde 1986 hasta 1993. Era un drama de época que causaba furor cuando Dixie se venía arriba y sometía al desventurado malhechor a una tormenta verbal con la cadencia rítmica de una domadora de circo dando latigazos, sin perder nunca el equilibrio ni la dignidad de una verdadera dama sureña. En una democracia, un discurso ofensivo debe combatirse con un discurso más potente, no acudiendo a llorar en el hombro del gobierno.

Las personas del norte de Estados Unidos, como yo, modelamos nuestros convencionalismos sobre el sur del país con impresiones refractadas desde el arte y los medios, necesariamente semificticias y poco fiables. ¡Pero también lo fueron las heroicas escapadas en las que Homero basó la *Ilíada* y la *Odisea*! Así que permítanme hacer una crónica de los grandes momentos de mi formación sureña. La primera estrella de cine de la que me enamoré a primera vista —y que me convirtió en una devota pagana del cine de Hollywood— fue Ava Gardner en el papel de la cantante mulata Julie en la película *Magnolia*, que vi a los cuatro años en 1951, recién estrenada. La personalidad magnética de Ava llenaba la pantalla de cine en las primeras escenas, situadas en un muelle de Natchez, donde cantaba «No puedo evitar amar a este hombre mío». Muchos años después supe que Ava era una chica de pueblo, de Smithfield, Carolina del Norte, donde de pequeña correteaba descalza por la pequeña granja de tabaco que su padre luchaba por mantener. La más joven de siete hermanos, tenía sangre escocesa, irlandesa, francesa hugonote y de los indios tuscarora. Cuando llegó a Hollywood, su acento de campesina sureña era tan marcado y difícil de entender que la metieron en un cursillo intensivo de oratoria. Ava era un espíritu libre, una mujer indómita con un nivel de energía sobrehumano. A su primer marido, Mickey Rooney, le noqueó al tirarle un cenicero de mármol a la cabeza. Los amigos de su tercer marido, Frank Sinatra, al que le partió el corazón, decían que Ava fue la única mujer a la que el arrogante Sinatra no logró domesticar. Demostraba su desprecio campesino por las convenciones sociales al quitarse siempre los zapatos en los lugares públicos, algo nunca visto en aquel

entonces. Esa costumbre sin duda influyó en la elección del título de una de sus mejores películas, *La condesa descalza*. Durante toda su carrera, la mejor amiga de Ava fue Reenie Jordan, una mujer afroamericana que empezó siendo su doncella y acabó convertida en su inseparable asistente personal y compañera de viaje, incluso en los años de expatriación de Ava en Madrid y en Londres. Reenie, que murió en 2014 a los noventa y dos años, escribió un cariñoso libro de memorias titulado *Viviendo con la señorita G*, donde cuenta cómo Ava la defendía ferozmente contra el racismo en los países que visitaban. En este sentido, Ava Gardner fue un admirable modelo de mujer, porque no se limitó a defender una mentalidad progresista, sino que la puso en práctica.

La siguiente mujer sureña que me produjo una impresión tremenda fue Tallulah Bankhead, cuya aparición en 1957 en el programa *The Lucy-Desi Comedy Hour* era tan impactante que el aparato de televisión parecía a punto de estallar. En la década de 1950, en pleno apogeo del conformismo, cuando las jóvenes estadounidenses debían convertirse en dóciles esposas y amas de casa, la señorial e intrépida Tallulah parecía abrir una ventana a una coordenada espaciotemporal radicalmente distinta. Llevaba consigo el irreprimible destello y la audaz desvergüenza de la década *flapper* de 1920, cuando ella arrasaba en los teatros de Nueva York y Londres. Tallulah nació en una familia pudiente y bien considerada en Huntsville, Alabama. Al morir muy pronto su madre, una clásica belleza sureña, Tallulah empezó a pasar largas temporadas con su familia de Montgomery, donde se hizo buena amiga de otra sureña famosa e independiente, Zelda Sayre, que tras casarse con el novelista F. Scott Fitzgerald se convertiría en el símbolo de lo que se dio en llamar «los locos años veinte». El padre de Tallulah, William Brockman Bankhead, fue un político de Alabama que llegó a ser el presidente del congreso de Estados Unidos. Su abuelo, John Hollis Bankhead, fue senador tras haber sido terrateniente sureño y capitán de la Infantería de Alabama durante la guerra civil estadounidense. Con su mordacidad deslenguada, su extravagancia y sus costumbres libertinas, Tallulah había sido el nuevo arquetipo de mujer emancipada, con el voto femenino instaurado en Estados Unidos desde 1920. Pero tras la Segunda Guerra Mundial, ese estilo intrépido y audaz había desaparecido por completo. Con su grandilocuencia, su acento de niña rica de Alabama y su inconfundible voz gutural, Tallulah acabaría interpretando una versión satírica de sí misma en las tertulias televisivas de la década de 1950, convertida en un ídolo de miles de hombres homosexuales y con una corte de mujeres que pretendían imitarla.

En aquellos años mi familia y yo, que vivíamos en Siracusa, Nueva York, empezamos a fijarnos en las mujeres sureñas que competían en el concurso «*Miss* América», por aquel entonces un evento anual televisado con cobertura nacional, todo un acontecimiento. Desde el momento en que subían al escenario, las concursantes sureñas desprendían una electricidad de alto voltaje y un carisma deslumbrante que las hacía inmediatamente reconocibles. ¿Qué tienen las mujeres sureñas?, nos preguntábamos. De hecho, entre 1951 y 1964, cuando terminé el instituto, la corona de «*Miss* América» la ganaron repetidamente las concursantes sureñas: *Miss* Alabama, *Miss* Georgia, *Miss* Carolina del Sur, *Miss* Mississipi (consecutivamente en 1959 y en 1960), *Miss* Carolina del Norte, *Miss* Arkansas. Si ese ritmo de éxitos disminuyó en los siguientes años, seguramente se deba a que las otras concursantes analizaron la fórmula secreta y empezaron a imitar ese estilo radiante de autopresentación, que sigue imperando en los concursos de belleza influidos por «*Miss* América» en todo el mundo.

Siendo yo quinceañera, vi cuatro veces seguidas una reposición de *Lo que el viento se llevó*, que se había estrenado en 1939. Y compré la novela de Margaret Mitchell, un libro de 862 páginas en tapa blanda (que entonces costaba noventa y cinco centavos) que todavía conservo, aunque las páginas han amarilleado considerablemente. A medida que pasaban las décadas, fui descubriendo que tanto el libro como la película eran deficientes, que ofrecían un retrato maquillado de la atrocidad de la esclavitud y que ocultaban las verdaderas reacciones y experiencias de los afroamericanos durante ese periodo. Sin embargo, hay pequeños detalles concretos sobre la vida de las plantaciones en el norte de Georgia en el siglo XIX que han demostrado ser sorprendentemente exactos. Y la novela no blanquea la situación del todo. Por ejemplo, en la escena inicial en Tara, los apuestos y atléticos gemelos Tarleton acaban de ser expulsados de la universidad de Georgia, «la cuarta universidad que los ha echado en dos años». Mitchell dice: «Stuart y Brent se tomaron esta última expulsión como una broma magnífica y a Scarlett, que no había vuelto a abrir un libro por voluntad propia desde que acabó la academia femenina de Fayetteville el año anterior, le hizo tanta gracia como a ellos». Estas son palabras fuertes y condenatorias que provienen de la autora invisible.

Hubo otras películas favoritas de las que también saqué nociones meridionales: las implacables y despiadadas bellezas sureñas interpretadas por Bette Davis. Con su *Jezabel* ganó un Oscar en 1938 y es inolvidable como Regina Giddens en *La loba*, basada en una obra de Lillian Hellman, papel estrenado por Tallulah Bankhead en la primera versión teatral en Broadway. Bette Davis era una yanqui nacida y criada

en Massachusetts, pero Miriam Hopkins, su antagonista en la comedia *Vieja amistad*, de 1943, era una beldad sureña de la vida real, nacida en Savannah, Georgia y criada cerca de la frontera con Alabama. Y recordemos una importación británica, Elizabeth Taylor, en el papel de una refinada chica de Virginia que sufre un choque cultural cuando se casa con un ranchero de Texas en *Gigante*, basado en una conocida novela de Edna Ferber. Y Elizabeth Taylor también como *La gata sobre el tejado de zinc* de Tennessee Williams, oriundo de Mississippi y que situó la obra en una plantación en la desembocadura del río Mississippi. O Elizabeth Taylor de nuevo en *De repente el último verano*, como la sufridora Catherine amenazada por una formidable «magnolia de acero», la imperiosa matriarca de Nueva Orleans Violet Venable, interpretada por Katharine Hepburn e inspirada en la autoritaria madre sureña de Williams. Una versión trágicamente más frágil de la belleza sureña es la Blanche DuBois de *Un tranvía llamado Deseo*, también de Tennessee Williams, donde el crudo realismo de la escena callejera de Nueva Orleans contrasta con los recuerdos bucólicos de la decadente familia de Blanche en su finca de Laurel, Mississippi, llamada «Belle Reve», cuyo significado literal de *bello sueño* representa las ilusiones y los engaños del sur tradicional de Estados Unidos.

Sin embargo, mi mayor sorpresa fue conocer en persona a una señora sureña de la vieja escuela, Ellen Graham, la brillante editora jefe de Yale University Press, que descubrió mi trabajo hace treinta años e hizo posible toda mi carrera profesional. Fue ella quien se arriesgó con un manuscrito extravagante y disidente de mil quinientas páginas llamado *Sexual Personae*, que había sido rechazado por siete editores y cinco agentes. Ellen, que murió hace ocho años, nació en 1921 aquí en Oxford, donde vivió durante nueve años hasta que su padre, el notable folclorista Arthur Palmer Hudson, se trasladó a Carolina del Norte para dar clases en la universidad de Chapel Hill. Ambas ramas de la familia de Ellen eran de Mississippi. Su abuelo materno, William McNulty Noah, fue alcalde de Kosciusko y fundó y editó el periódico *Herald*, que todavía se publica como el *Star-Herald* de esa ciudad. En la década de 1920 los padres de Ellen eran amigos de William Faulkner, cuyo biógrafo asegura que la madre de Ellen, Grace, pasó a máquina al menos dos de los manuscritos de Faulkner y anunció que eran «¡Una birria!». La larga historia de mi angustiado y a veces desesperado toma y daca con Ellen Graham durante los años que duró el proceso de preparación editorial de *Sexual Personae* requeriría otro libro, pero permítanme decir esto: ¡No hay nadie más fuerte que una sureña estadounidense!

Pero fue tras ver un excelente documental estrenado en 1986 cuando empecé a plantearme seriamente la raigambre singular de las mujeres sureñas, sobre todo en su relación con los hombres. El documental, titulado *Sherman's March*, lo dirigió Ross McElwee, que se crio en Charlotte, un pueblo de Carolina del Norte. Ganador del gran premio del jurado al mejor documental en el festival de cine de Sundance, lo que comienza analizando el legado destructivo del general Sherman en el sur de Estados Unidos se convierte en una reflexión autobiográfica sobre una saga familiar cuando McElwee, cámara en mano, nos muestra el seductor encanto y el humor burlón de un grupo de mujeres sureñas jóvenes, atractivas, seguras de sí mismas y capaces de ejercer una sutil manipulación. Sin duda ese discurso hipnótico y algo intimidatorio es una actualización del estilo verbal de la clásica damisela sureña, personaje sobre el que la investigación académica existente es todavía escasa. El documental de McElwee, casi improvisado y sin guionizar, me descubrió cómo las mujeres del sur de Estados Unidos saben aprovechar, definir, energizar y controlar los lugares de interacción entre hombres y mujeres; y también, en menor medida, de interacción con otras mujeres. Incluso en un ambiente de diversión, el contacto visual es firme, logrando combinar una cauta vigilancia con una atención solícita; en ese momento, nadie más parece existir. Las mujeres sureñas parecen tener un don que las mujeres del norte han perdido o nunca tuvieron: la capacidad para atraer a hombres interesantes y atractivos, sabiendo mantenerlos a una distancia segura.

Ahora regresemos a nuestros tres mitos. Mi primer modelo de feminidad sureña es la anciana montañesa, convertida en el personaje cómico Mammy Yokum en la ciudad ficticia Dogpatch de la tira cómica *L'il Abner*, creada en 1934 por Al Capp, que la dibujó durante cuarenta y tres años, llegando a tener un público de sesenta millones de personas en una carrera de alcance mundial. Mammy era brusca, sincera y autoritaria, con su arcaica cofia de pionera yuxtapuesta a los objetos casi masculinos de la pipa de mazorca y las toscas botas de montaña. Capp, nacido de inmigrantes judíos lituanos en New Haven, Connecticut, descubrió con asombro la cultura «palurda» del sur cuando se recorrió los montes Apalaches en autostop para visitar en Memphis a su tío, un rabino ortodoxo. Durmiendo en pajares y mezclándose con los campesinos lugareños, Capp iba dibujando sobre la marcha los bocetos que le servirían como base para *L'il Abner*. La idea cristalizó cuando Capp y su mujer vieron a una banda de música *hillbilly* actuando en una calle céntrica de Nueva York. La música popular sureña, que pronto se llamaría música *country*, se estaba empezando a conocer en todo el país gracias a un programa de radio llamado «Grand Ole Opry»,

retransmitido en vivo desde Nashville a partir de la década de 1920. En 1943, el programa se empezaría a emitir desde su propio «templo», el auditorio Ryman.

La *apalachia* como cultura exótica y aislada fue una noción difundida en el resto del país por las revistas literarias de finales del siglo XIX. Esta región montañosa, con una superficie de 1500 kilómetros de largo por 320 kilómetros de ancho, se extiende desde el estado de Nueva York hasta el centro de Alabama. Étnicamente, los montañeses eran en su mayoría escoceses e irlandeses llegados a fines del siglo XVIII y principios del XIX a la Filadelfia cuáquera. Al hallar esa zona demasiado poblada, se trasladaron en dirección oeste, hacia el municipio de Lancaster, en Pensilvania, donde todavía están instalados los amish, yendo desde allí hacia el sur a través de los montes Blue Ridge. Hay quien opina que las célebres beligerancias de los Apalaches —la del condado de Clay duró sesenta años hasta que intervino el ejercito— se debieron a las rivalidades entre los clanes escoceses procedentes de las Highlands. Las mujeres, que por el hecho de serlo salvaban la vida en las disputas entre los nativos apalaches, eran con frecuencia las pendencieras que instigaban el conflicto, recordando las ofensas e incitando a sus hombres a guerrear. Los apalaches también eran territorio cherokee, donde eran frecuentes los matrimonios entre colonos y nativos americanos. Puede ser relevante el hecho de que la cultura cherokee fuera matrilineal, documentada por la rama familiar femenina, dado que en los matrimonios de la tribu era la esposa quien tomaba las decisiones sobre los hijos y las propiedades, no el marido. Curiosamente, una tradición estadounidense que invierte los géneros se basó en la viñeta de *L'il Abner*: el día de Sadie Hawkins, en que las mujeres jóvenes persiguen a los hombres disponibles para casarse con ellos. Dos años después de que Capp inaugurase en noviembre de 1937 la carrera de Sadie Hawkins en su viñeta, cerca de doscientas universidades, con la de Tennessee encabezando la lista, empezaron a celebrar en noviembre el Día de Sadie Hawkins.

La Mammy Yokum de Capp resucitaría como Granny Moses, la matriarca de la familia Clampett en *The Beverly Hillbillies*, una serie de televisión muy popular que la cadena CBS emitió entre 1962 y 1971. El argumento es sencillo: los Clampett descubren petróleo en los montes Ozark y se trasladan a Los Ángeles. El papel de Granny, que salía en todos y cada uno de los episodios de la serie, lo hacía Irene Ryan, con un vestido de cuadros al estilo pionera. Granny dice que conoce los mejores secretos de la medicina popular y tiene cabras y cerdos en el patio trasero de su mansión de Beverly Hills, donde también cocina guisos montañeros en un puchero negro. Disparando una escopeta a la menor provocación, Granny es una confederada de pura cepa que critica al general Sherman y venera a Jefferson Davis, aunque los montañeses, con sus laderas de tierra no aprovechable para el cultivo de algodón ni arroz, tuvieron poca relación con la esclavitud. A pesar de su pequeño tamaño, Granny es una mujer fuerte, agresiva y valiente. Su actitud de constante lucha contra los elementos es un vestigio del sufrimiento y las privaciones de la era agraria, cuando las familias que dependían de la agricultura de subsistencia vivían o morían por los caprichos de la naturaleza: una mala cosecha bien podría significar el hambre en un duro invierno. La anciana montañesa simboliza la perseverancia, el coraje, la resiliencia y el estoicismo, es decir, la obstinada voluntad de sobrevivir en circunstancias hostiles.

Mammy Yokum y Granny Moses también son estereotipos poderosos para las mujeres mayores, que tienen pocos modelos de conducta —o ninguno— en nuestra cultura obsesionada por la juventud. Hoy, las mujeres de mediana edad, con su menú de cirugía plástica, implantes y bótox, pretenden hacerse pasar por veinteañeras. Y yo les digo: ¡ni se les ocurra! Que las mujeres jóvenes imperen con toda su belleza fresca y núbil. En las élites de antes las mujeres mayores tenían reservado un rol de matriarca encargada de supervisar y organizar los rituales de cortejo de los hombres y las mujeres disponibles. Pero con nuestro actual prejuicio contra el privilegio social heredado, la señorona matriarcal ya no sirve como un modelo útil. Pongamos en su lugar a la anciana campesina sureña, irritable, irascible y proletaria. Es una arpía sin ser una bruja, ese terrorífico personaje sobrenatural que aparece en tantas mitologías globales. La campesina de los montes sureños, por el contrario, habita el aquí y el ahora. Con su energía inagotable y su tosco sentido común, representa la interacción y el control de la realidad física concreta.

El segundo prototipo canónico sureño que propongo es el personaje de Mammy, duramente criticado y condenado casi universalmente por los intelectuales (blancos y negros) desde la aparición de los estudios de género y los estudios afroamericanos en la década de 1970. Si bien respeto estas objeciones, debido entre otras cosas a lo mucho que me indigna el insultante estereotipo de los personajes italoamericanos en el cine y la televisión, creo que en lo referente a Mammy y su descendiente, la tía Jemima, el péndulo se ha inclinado demasiado hacia lo negativo y que va siendo hora de revisarlo, al menos en parte. Está documentado que hubo mujeres afroamericanas esclavizadas trabajando como niñeras y nodrizas en las familias de los terratenientes blancos en los tiempos anteriores a la guerra de Secesión estadounidense. Pero algunos autores expertos en la materia, como Catherine Clinton, se plantean temas como la edad de las

mujeres, la duración de su labor y la lealtad a sus patrones. Es posible que se produjeran exageraciones durante el periodo posterior a la guerra para fortalecer el relato de los derrotados sureños sobre la armonía interracial en las plantaciones anteriores a la guerra, vendidas como una «Gran Casa Feliz».

La primera versión de Mammy que llegó al norte de Estados Unidos procedía de *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, la épica novela de protesta de 1852 que espoleó y propagó el movimiento abolicionista, contribuyendo a desencadenar la guerra civil. La desgraciada y enfermiza niña Eva de Stowe se arroja con entusiasmo en brazos de su negra Mammy, dándole una profusión de besos que sorprenden y repugnan a su prima, una abolicionista blanca de Nueva Inglaterra que, por lo demás, es una mujer admirable. Mammy y la tía Jemima se convirtieron en personajes clásicos de los espectáculos musicales del género *minstrel* de finales del siglo XIX, cuyo característico estilo cómico encarna Al Jolson cantando «My Mammy» con la cara tiznada de negro en la primera película sonora de la historia, *El cantor de jazz*, en 1927. La canción era tan prototípica de la cultura estadounidense que Kurt Weill y Bertolt Brecht la parodiaron en los clichés sureños de «Alabama Song» de su ópera marxista de 1930, *Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny*. Cuando Lotte Lenya (esposa de Weill) cantó «Alabama Song» en la década de 1960, impresionó tanto a Jim Morrison que The Doors —recién creado en Los Ángeles— incluyó una versión inquietante del tema en su primer álbum, en 1967.

Nuestra imagen mental del personaje de Mammy, sin embargo, siempre será la magnífica actuación de Hattie McDaniel en *Lo que el viento se llevó*, que le valió el primer Oscar ganado por un afroamericano en la historia del cine. Desafortunadamente, este homenaje se ve eclipsado por el descubrimiento relativamente reciente de que el elenco negro de *Lo que el viento se llevó* fue excluido de la gala del estreno en Atlanta y relegado a una mesa del fondo durante la ceremonia de los premios de la academia en Los Ángeles, mientras que las estrellas blancas, como Clark Gable y Vivien Leigh, estaban sentadas en primera fila, a pie de podio. Se ha dicho con razón que tanto la novela de Margaret Mitchell como la película retratan a Mammy tan excesivamente leal e identificada con sus amos blancos que no tiene amigos ni familia propia. Pero tal vez esta no sea la historia completa, porque Mammy es, en términos sentimentales y espirituales, la incontestable madre de Scarlett. Mammy sabe, entiende y aconseja mucho mejor a Scarlett que su propia madre, la clásica señora casada con un terrateniente sureño de la época victoriana: piadosa, convencional y monotemáticamente dedicada a sus fatigosas tareas, que incluían atender a los enfermos en el ala del servicio y las casas de los esclavos.

El personaje de Mammy ha recibido un torrente de comentarios procedentes del sector académico femenino, que dedicó décadas a calificarla de «asexual», «mórbidamente obesa» e incluso «monstruosa». Un libro de 2008 escrito por una autora afroamericana describe desabridamente la «maternidad» natural de Mammy como «primitiva, instintiva, básica». («Naturaleza» es una palabra malsonante para el posestructuralismo, que solo ve las opresiones de la sociedad). Yo podría decir lo contrario: que Mammy encarna la fuerza física, el vigor y la poderosa personalidad de la mujer del campo, y que buena parte de la animadversión que despierta en nuestros tiempos parece basada en la ambivalencia o denigración de la maternidad por parte del feminismo de la segunda ola. La Mammy de Hattie McDaniel habla y se comporta con brusquedad, exactamente como las mandonas inmigrantes italoamericanas con quienes pasé mi primera infancia en la ciudad industrial de Endicott, al sur del estado de Nueva York. De hecho, una de mis escenas favoritas de *Lo que el viento se llevó* es la primera aparición de Mammy, asomada a la ventana del segundo piso de la mansión de Tara y regañando a Scarlett a gritos. Al verla me invade una sensación nostálgica de *déjà vu*, porque así es como se comportaban esas imponentes mujeres italianas, incluida mi adorada abuela materna. Las mujeres del campo, acostumbradas a vivir al aire libre, tenían voces formidables y actitudes formidables. La mayoría de aquellas inmigrantes italianas era de constitución voluminosa, con hombros y brazos poderosos, de tanto restregar ropa en las tablas de lavar. Durante miles de años de la era agraria, la grasa fue un signo de abundancia, salud y resistencia. La delgadez femenina representaba hambre, enfermedad y peligros para el embarazo y el parto. El sector académico femenino se equivoca al exportar anacrónicamente el culto actual de la delgadez hacia atrás a otras épocas. El ideal delgado es una estética urbana o de la aristocracia cortesana que constituye un tema menor en la historia de la humanidad. Y condenar a Mammy por su peso es denigrar la gran tradición musical afroamericana de cantantes de *blues* de estilo «Big Mama», como Ma Rainey y Bessie Smith, cuyo poder vocal procedía de su gran tamaño, como les sucede a las sopranos wagnerianas que cantan ópera.

La mayoría de las fuentes coincide en que la tía Jemima fue una «modernización» de la Mammy anterior a la guerra, presentada como una sirviente doméstica, uno de los pocos papeles permitidos para las mujeres negras durante la era de reconstrucción de Jim Crow. En 1893, Nancy Green, que había nacido en la esclavitud, fue elegida la representante comercial de una masa para hacer tortitas que se presentó en la

exposición universal de Chicago. Su demostración en directo del producto tuvo tal éxito que hubo que ponerle unos vigilantes para protegerla de la multitud. Irónicamente, una asociación de mujeres profesionales negras había presionado al comité organizador de la exposición para dar más presencia a los afroamericanos, entonces prácticamente invisibles. Conforme los hombres y mujeres negros fueron ascendiendo en el escalafón profesional tras el renacimiento de Harlem de principios del siglo XX, la sonrisa de la tía Jemima llegó a parecer una caricatura simplista de la subordinación servil. La empresa Quaker Oats, que fabrica la masa de tortitas Aunt Jemima y el sirope de la misma marca desde 1926, se resiste a cambiar de nombre a sus productos, pero ha modificado sustancialmente su dibujo icónico de la tía Jemima, ahora con un tono de piel más claro y sin el pañuelo amarillo y el vestido rojo de cuadros. La tía Jemima que aparece hoy en los productos que llevan su nombre es una mujer profesional, bien peinada y con pendientes de perlas. Parece obvio que hay elementos inquietantes en esta transformación, como el sesgo de clase, así como un blanqueo del color de la piel que podría describirse como racismo inverso.

El mes pasado la familia de Anna Short Harrington, que murió en 1955 y fue una de las últimas mujeres —entre al menos siete— que interpretaron el papel de tía Jemima, presentó una demanda a Quaker Oats por dos mil millones de dólares en concepto de derechos de imagen no cobrados. Harrington, nacida en 1897 en una familia de aparceros en Carolina del sur, demostró un talento para guisar tan precoz que consiguió un trabajo de cocinera a los diez años. Cuando su marido la abandonó con cinco hijos, se mudó con su familia a Siracusa, Nueva York, donde consiguió trabajo como empleada doméstica. Poco después un ejecutivo de Quaker Oats la vio haciendo tortitas en la feria estatal de Nueva York. A partir de 1935 fue contratada como portavoz itinerante de Aunt Jemima, ganando una cantidad considerable de dinero que le permitió comprar una gran casa en Siracusa donde alquilaba habitaciones. Sin embargo, la información actual sobre Anna y las otras tías Jemima es incompleta y contradictoria.

Entre otros motivos, protesto por el ataque constante a la tía Jemima porque creo que pudo haber sido Anna Short Harrington a quien vi en persona cuando yo era una niña en edad preescolar a principios de la década de 1950. Mi abuela paterna, que me cuidaba mientras mis padres estaban trabajando, me llevó a verla al supermercado A & P de mi ciudad natal de Endicott, 128 kilómetros al sur de Siracusa. Anna, de haber sido ella, no solo fue la primera afroamericana que yo —y probablemente la mayoría de los clientes nacidos en aquella ciudad industrial de población inmigrante— había visto en persona, sino que también fue la primera mujer a la que vi hablar en público. Era electrizante —cálida, convincente e inclusiva— al dirigirse a la multitud desde una tarima no muy alta instalada cerca de las fragantes máquinas de moler café, donde explicaba cómo hacer tortitas y luego nos repartía muestras a todos. ¡Me pareció una diosa! De hecho, combiné su prodigiosa maniobra de transformar un hilo de líquido en unos discos blancos moteados con la del cura repartiendo las obleas blancas de la comunión en nuestra iglesia católica en lo alto del pueblo. Los ataques ya universales a la tía Jemima han oscurecido los auténticos logros profesionales de aquellas mujeres negras que la encarnaron como embajadoras de la hospitalidad sureña. Todas se aventuraron con valentía en un territorio potencialmente hostil, actuando como evangelistas de un verdadero componente de la cultura negra. Porque las tortitas son una forma de arte, desconocida en Europa y muy difícil de ejecutar a la perfección.

En *La cabaña del tío Tom*, la tía Chloe a la que retrata Stowe es la orgullosa cocinera jefe de la casa, «muy venerada en la cocina» y famosa por el «misterio sublime» de sus buñuelos de maíz, que sus envidiosos admiradores no logran imitar. En sus informes detallados de sus viajes por el sur durante la década de 1850, Frederick Law Olmsted, el diseñador del Central Park de Nueva York, apenas pudo encontrar palabras para describir lo exquisitas que eran las tortas fritas bañadas en mantequilla típicas de la región, que veía servir apiladas en todas las casas que visitaba, tanto de familias ricas como pobres. Parece razonable pensar que hoy, cuando ha habido un renacimiento gastronómico con concursos televisivos a menudo presentados por chefs masculinos de cocina popular como Emeril Lagasse o Bobby Flay, podamos dejar de considerar a la tía Jemima como una prisionera de los fogones. Es desalentador encontrarse a las intelectuales afroamericanas atacando a la tía Jemima con una jerga teórica elitista tomada sin remilgos de Michel Foucault mientras nadie se ocupa de ampliar las investigaciones antropológicas sobre la diáspora africana. Por ejemplo, en Salvador de Bahía, región africanizada del noreste de Brasil, existe una tradición centenaria (posiblemente originada en Nigeria) de mujeres negras con turbantes blancos y amplias faldas que venden unos buñuelos de guisantes y camarones llamados «acarajé», que se fríen en hornillos por las calles. La vestimenta folclórica de estas mujeres se ha convertido, de hecho, en un símbolo del propio Brasil. En este caso, no son sirvientas de una población blanca; sus patronos son afrobrasileños. Y en Bahía la religión candomblé, fusión sincretista de los antiguos cultos yoruba de África occidental con el catolicismo portugués, la propagan unas ancianas negras reverencialmente llamadas «Mae» (es decir, madre o mamá, la

misma etimología de la palabra Mammy) o «Tia», que nos remite al personaje de la tía Jemima. En resumen, que va siendo muy necesaria la revisión a fondo y la redignificación de la tía Jemima.

El tercer y último mito es el de la bella damisela sureña, a menudo identificada con Scarlett O'Hara, pese a que Margaret Mitchell la retrata como una «prefeminista» que se rebela contra el código restrictivo de la dama sureña de alta alcurnia. Existen abundantes ensayos escritos por el sector académico femenino documentando la vida afanadísima y triste de las esposas de los terratenientes sureños, que con frecuencia eran las jefas de las plantaciones, sobre todo durante la guerra, cuando tres de cada cuatro hombres blancos estaban alistados en el ejército. El término de origen francés *belle*, bella, se aplica correctamente solo al corto periodo en el que las chicas blancas de alta alcurnia se presentaban en sociedad como candidatas al matrimonio. Algunas familias de plantaciones aisladas enviaban a sus hijas a pasar meses en casas de amigos o parientes instalados en las grandes urbes, incluso a ciudades tan norteñas como Filadelfia, para que conocieran a sus futuros maridos en la ronda constante de fiestas, bailes, conciertos y excursiones a caballo que constituía una vida social privilegiada en el siglo XIX.

El autobombo de la bella damisela sureña después de su debut social era, de hecho, un ejercicio de arte interpretativo. El sur del país siempre estuvo más abierto al teatro que el moralizante norte. Fue en Charleston, por ejemplo, donde Shakespeare se representó por primera vez en Estados Unidos. La «aristocracia» de los terratenientes sureños se consideraba descendiente de los *cavaliers* huidos de los vencedores puritanos en las guerras civiles inglesas, leyenda sin ninguna base fidedigna. Los romances históricos de *sir* Walter Scott sobre caballeros nobles y damas rubias se leían con avidez en la época anterior a la guerra. La damisela sureña representaba un ideal de la tradición literaria del amor cortés, donde una dominatriz seductora pero intocable atraía a los hombres en masa, pero les rompía el corazón. La «cortesanía» aún persiste en la cultura sureña, como en los floridos preámbulos retóricos que alargan la longitud de las frases. Uno de los logros del código de educación de la damisela sureña era la cordialidad, práctica que convendría mantener y reconfigurar como manual de conducta para el mundo profesional y empresarial. No es coincidencia que la primera hermandad estudiantil se creara en 1851 en una universidad sureña: Wesleyan College, en Macon, Georgia, que quince años antes había sido la primera universidad del mundo en otorgar títulos a mujeres. Las hermandades estudiantiles serían un vehículo importante para las mujeres afroamericanas, comenzando en 1908 en la universidad de Howard de Washington, DC.

El talento de la damisela sureña como una virtuosa conversadora parece haber recibido poca o ninguna atención académica. El objetivo era resultar «fascinante» (ese era el término utilizado) sin quebrar las reglas del código social de decencia o educación. Su acento tenía una musicalidad inherente al dialecto sureño, una fusión de varios siglos del inglés anglosajón con los múltiples idiomas de los africanos esclavizados, procedentes de numerosas tribus y regiones. La damisela sureña, a juzgar por sus descendientes del siglo XX que aparecen en el cine estadounidense de época, alternaba un asalto inicial de un *staccato* verbal con una serie de elegantes ligaduras musicales o toboganes, a menudo dando un giro agudo hacia arriba. Esas ligaduras tonales podrían proceder del melisma islámico de África occidental, que los musicólogos han identificado en el estilo vocal y la guitarra *slide* del *blues* afroamericano. La brillante, aunque breve, vida social de la damisela sureña precisaba para su existencia de una explotación éticamente indefendible que incluía el cautiverio humano como base de la esclavitud. Sin embargo, la actividad pública y el comportamiento de la damisela merecen estudiarse precisamente por los mismos motivos que analizamos la evolución del exquisito estilo rococó francés durante la época de *madame* de Pompadour y María Antonieta, cuando estallaron en toda Francia los disturbios por la escasez de pan que finalmente desencadenaron la revolución.

En conclusión, ¿qué lecciones podemos extraer de estos tres mitos? La implacable anciana de las montañas, la Mammy todopoderosa y la coqueta damisela sureña representan diferentes modalidades de artificio y de pragmatismo, de franqueza brutal y de ocultamiento estratégico. La anciana montañesa posmenopáusica es un diminuto generador de fuerza de voluntad, de resiliencia y de tenacidad, invencible mientras responde a sus antagonistas con una ráfaga de perdigones. La Mammy, como la ancestral madre naturaleza, está ligada a los eternos y magníficos ritmos del mundo, cuya fertilidad aún domina a pesar de su avanzada edad. La bella damisela es un espejismo brillante de elegante perfección, que ocupa un breve lapso temporal entre la niñez descuidada y las cargas de la madurez. Lo que une estos tres mitos femeninos es la conducta asertiva, que no cuesta nada y lo es todo.

Conferencia pronunciada el 16 de septiembre de 2014 en la universidad de Mississippi, Honors College Convocation Lecture, Sally McDonnell Barksdale Honors College.

LA UNIVERSIDAD MODERNA ES INCAPAZ DE ENTENDER EL MAL

La desaparición hace dos semanas de Hannah Graham, estudiante de segundo curso de la universidad de Virginia, es la última de una larga serie de casos de niñas desaparecidas que muchas veces terminan en tragedia. Un exfútbolista de treinta y dos años y ciento veinte kilos que había huido a Texas ha sido devuelto a Virginia, acusado de «secuestro con intención de violentar». Nada se sabe de lo sucedido a Hannah ni de su paradero [1].

Las campañas exageradas y alarmistas sobre una epidemia de agresiones sexuales en los campus estadounidenses solo consiguen difuminar el verdadero peligro que afrontan las mujeres jóvenes, que a menudo van distraídas por los lugares públicos con el móvil o con el iPod: el ancestral delito sexual del secuestro con asesinato. Pese a la propaganda histérica sobre nuestra «cultura de la violación», la mayoría de los incidentes universitarios catalogados apresuradamente como agresiones sexuales no se tratan de delitos de violación (con uso de la fuerza o empleo de drogas) sino ridículos melodramas románticos, que surgen de malentendidos e imprudencias por ambas partes.

Las universidades deberían ceñirse a lo académico y dejar de vigilar las vidas de los alumnos, intrusión autoritaria que raya en el quebrantamiento de las libertades civiles y que, además, solo logra infantilizar a la juventud. Los delitos auténticos deben denunciarse a la policía, no en los improvisados y chapuceros comités cívicos de las universidades.

Parece haber demasiadas jóvenes de clase media, criadas lejos de las calles urbanas, convencidas de que su vida adulta será una prolongación de sus hogares cómodos y sobreprotegidos. Pero el mundo sigue siendo una selva. El precio de la libertad de la que disfrutan las mujeres hoy es su responsabilidad personal en cuanto a vigilancia y autodefensa.

Las consignas educativas actuales, que siguen la senda marcada por la izquierda occidental, mantienen vivas las falsas ilusiones sobre el sexo y el género. La premisa básica de la izquierda, procedente del marxismo, es que todos los problemas humanos emanan de una sociedad injusta, aunque las correcciones y ajustes de ese mecanismo social nos acabarán trayendo en algún momento la utopía. Los progresistas tienen una fe indesmayable en la capacidad de autoayuda de la humanidad.

Los horrores y atrocidades de la historia occidental se han eliminado de la educación primaria y secundaria, salvo los hechos que puedan atribuirse al racismo, al sexismo y al imperialismo, tres toxinas incrustadas en unas estructuras sociales opresivas que se deben destruir y reconstruir. Pero el verdadero problema reside en la propia naturaleza humana, que tanto la religión como el arte clásico retratan como eternamente desgarrada por una guerra entre las fuerzas de la oscuridad y de la luz.

El progresismo carece del sentido profundo del mal, pero eso mismo le sucede al conservadurismo actual, porque el mal se proyecta cómodamente sobre un ejército extranjero de fuerzas políticas emergentes, unidas solo por su rechazo de los valores occidentales. Nada tan reduccionista como el uso habitual, por parte de los políticos y analistas, de la etiqueta caricaturesca de «los malos» para los yihadistas, como si la política exterior estadounidense tuviera el guion facilón de una película de vaqueros.

La ideología de género predominante en el sector académico niega que las diferencias sexuales tengan una base biológica y las considera, en cambio, ficciones maleables que pueden revisarse a voluntad. La hipótesis es que las quejas y protestas, apoyadas por los gestores universitarios y por una serie de funcionarios fieles a la causa, acabarán logrando modificar esencialmente a todos los hombres.

Pero los delitos sexuales graves como el asesinato con violación emanan de un nivel primitivo para el que la psicología práctica ya ni siquiera tiene palabras. La psicopatología, como la tratada en la truculenta

Psychopathia Sexualis (1886) de Richard von Krafft-Ebing, era una materia básica del primer psicoanálisis. Pero la terapia de hoy se ha convertido en una charla amable, consejos sobre la actitud y una serie de atajos farmacéuticos.

En el crimen sexual hay un simbolismo ritual que la mayoría de las mujeres no vislumbran, por lo que no pueden protegerse. Está perfectamente documentado el hecho de que los aspectos visuales tienen un papel preponderante en la sexualidad masculina, lo que explica el mayor interés masculino por la pornografía. En el acosador sexual, a menudo un perdedor alienado por sus propios fracasos, impera un reflejo de caza atávico. Se le llama depredador precisamente porque convierte a sus víctimas en presas.

El crimen sexual surge de una mezcla letal de fantasía, alucinación, engaño y obsesión. Una joven cualquiera se convierte en el chivo expiatorio de una ira regresiva contra el poder sexual femenino: «Me obligaste a hacerlo». Los clichés académicos sobre la mercantilización de las mujeres bajo el capitalismo parecen poco relevantes en este caso: es el estatus biológico superior de la mujer como maga creadora de vida el que es profanado y aniquilado por la barbarie del crimen sexual.

Engañadas por el ingenuo optimismo y por el animoso «¡Nena, tú vales mucho!» que han oído en su casa, las mujeres jóvenes no ven los ojos animalescos que las observan brillando desde las sombras. Asumen que la carne desnuda y la ropa *sexy* son pautas de la moda femenina desprovistas de mensajes que puedan ser malinterpretados y retorcidos por un psicótico. No comprenden la fragilidad de la civilización y la proximidad constante de la naturaleza salvaje.

Publicado en Time.com el 29 de septiembre de 2014.

PONGAN EL SEXO OTRA VEZ EN LA EDUCACIÓN SEXUAL

Cuando las escuelas públicas se niegan a reconocer las diferencias de género, traicionamos a los niños y a las niñas por igual.

La fertilidad es el capítulo que le falta a la educación sexual. A las jóvenes ambiciosas, que compiten en carreras profesionales pensadas para hombres, se les ocultan datos sobre la disminución de la fertilidad femenina a partir de los veinte años.

El empecinamiento de los programas estatales de educación sexual en no reconocer las diferencias de género traiciona tanto a los chicos como a las chicas. Los géneros deben recibir el asesoramiento sexual por separado. Es absurdo obviar la cruda realidad de que los hombres jóvenes arriesgan menos al practicar por sistema el sexo esporádico que las mujeres jóvenes, que pueden quedarse embarazadas y cuya futura fertilidad puede verse comprometida por la enfermedad. Los niños deben recibir lecciones de ética básica y recomendaciones morales sobre el sexo (por ejemplo, no aprovecharse de las mujeres ebrias), mientras que las niñas deben aprender a distinguir entre ceder en el sexo y ser populares.

Pero es esencial que las niñas reciban consejos sobre cómo planificar su vida a largo plazo. Con demasiada frecuencia, la educación sexual define el embarazo como una patología que se cura con el aborto. Las adolescentes deben plantearse en profundidad cuáles son sus objetivos y metas en la vida. Si pretenden compatibilizar la maternidad con una carrera profesional, deben elegir si quieren tener los hijos pronto o tarde. Cada decisión tiene sus ventajas, inconvenientes y compensaciones.

Por desgracia, la educación sexual estadounidense es una mezcolanza disparatada de programas inconexos. Es urgente iniciar un debate nacional sobre la implantación de un estándar curricular y sobre la imprescindible transparencia pública. El sistema actual es demasiado vulnerable a las presiones políticas tanto de la izquierda como de la derecha, dejando a los estudiantes atrapados en medio.

Hoy, la educación sexual es obligatoria en veintidós estados más el distrito de Columbia, pero las decisiones relativas a los programas dependen de los respectivos distritos escolares. El abanico de profesores de educación sexual abarca desde expertos en salud titulados hasta voluntarios y «educadores» jóvenes supuestamente igualitarios, pero con una formación mínima. Es evidente que los instructores pueden aportar sus propios sesgos de permisividad sexual, como demuestran los escándalos que surgen de vez en cuando sobre el uso inapropiado en clase de material pornográfico o de sitios web de sexo explícito.

La presión social para incluir la educación sexual en los programas de estudios se inició en 1912 con una propuesta de la National Education Association relativa a impartir clases de «higiene sexual» para prevenir las enfermedades de transmisión sexual, como la sífilis. Durante la crisis del sida de la década de 1980, el entonces director general de Salud Pública, C. Everett Koop, incluyó la educación sexual a partir del tercer año de primaria. En la década de 1990 los educadores sexuales se centraron en controlar el embarazo adolescente en las zonas urbanas marginales.

La educación sexual ha generado una polémica constante, entre otras cosas porque el sector conservador y religioso la tacha de instrumento del imperialismo cultural laico, aduciendo que socava los valores morales. Va siendo hora de que la izquierda admita que tienen su parte de razón: los colegios públicos no deberían promulgar ninguna ideología. La respuesta «progresista» a la exigencia conservadora de que la educación sexual se base exclusivamente en la abstinencia ha sido condenar la supuesta intención de someter a la juventud a un procedimiento de «miedo y vergüenza». Pero algo más de miedo y de vergüenza

podrían no venir mal como método autodefensivo en nuestra sociedad hedonista y mediática.

Las mujeres de mi generación del *baby-boom* se rebelaron valientemente contra el culto a la virginidad de la década de 1950, cuyo ídolo era la modélica Doris Day, pero detrás de nosotras vino el caos. Los jóvenes de hoy reciben un bombardeo prematuro de imágenes y mensajes sexuales. Las adolescentes, que suelen vestirse de manera seductora, no están preparadas para gestionar la atención sexual que ocasionan. La educación sexual se ha vuelto incoherente porque los contenidos son tan amplios como dispersos. Debería dividirse en grandes apartados temáticos, para asegurar un trato profesional de cada sección.

En primer lugar, la anatomía y la biología reproductiva deben incluirse en los programas generales de biología impartidos en la enseñanza media por profesores de ciencias cualificados. Deben tratarse todos los aspectos de la fisiología, desde la pubertad hasta la menopausia. Los estudiantes tienen derecho a escuchar una voz objetiva, clara y desapasionada sobre el cuerpo humano, en vez de la típica jerga almibarada y facilona que ahora infesta los libros de texto con contenido sexual.

En segundo lugar, los expertos titulados en temas de salud, que aconsejan a los niños lavarse las manos para evitar un resfriado, deben abordar las enfermedades de transmisión sexual en la enseñanza media, es decir, en los primeros años de la secundaria. Debe impartirse información sobre el uso de condones, pero los colegios públicos no son el lugar adecuado para distribuir condones, como se hace actualmente en los distritos escolares de Boston, Nueva York y Los Ángeles. La distribución de preservativos deben hacerla los hospitales, las clínicas y los organismos de servicios sociales.

Igualmente, a los colegios públicos no les compete enumerar las variedades de gratificación sexual, desde la masturbación hasta el sexo oral y anal, aunque los expertos en salud deban responder objetivamente a las preguntas de los estudiantes sobre las implicaciones sanitarias de tales prácticas. El tema de la homosexualidad es polémico. En mi opinión, las campañas contra el acoso escolar, por loables que sean, no deben escorarse hacia el respaldo político de la homosexualidad. Los estudiantes deben tener la libertad de crear grupos que puedan identificarse como homosexuales, pero las escuelas en sí deben permanecer neutrales para que la sociedad evolucione por sí misma.

Publicado en Time *el 24 de marzo de 2014*.

FEMINISMO PASADO Y PRESENTE: IDEOLOGÍA, ACCIÓN Y REFORMA

El feminismo vuelve a salir en las noticias. Tras un largo periodo en que el debate feminista se había relegado a internet y a una serie de libros que, por buenas críticas que recibieran, apenas tenían lectores fuera del círculo de las propias feministas, la actual campaña presidencial ha situado la guerra de los géneros de nuevo en el centro de la actualidad pública. La candidatura de Hillary Clinton ha provocado una explosión de publicidad internacional y mucha acritud. Hillary no es, como se alega con demasiada frecuencia, la primera mujer en postularse como candidata a la presidencia. Tiene una larga lista de tenaces predecesoras encabezada por Victoria Woodhull en 1872 y Belva Lockwood en 1884, por no mencionar a Margaret Chase Smith, Patsy Mink, Bella Abzug, Shirley Chisholm, Patricia Schroeder, Lenora Fulani y Elizabeth Dole. Sin embargo, Hillary, al ir coleccionando primarias estatales como si fueran trofeos, ha llegado mucho más lejos que cualquier mujer que la haya precedido y, gane o pierda, está abriendo camino para las mujeres ambiciosas que vengan detrás.

Pasaremos años hablando sobre el grado en que el sexismo pueda haber obstaculizado o no la campaña de Hillary. ¿Los medios la han tratado con más dureza que a sus oponentes masculinos? ¿Ella misma ha intentado jugar la baza oportunista del género? Es indudable que a Hillary, por motivos complejos, se la relaciona con un puñado de estereotipos tan míticos como arcaicos: la bruja, la arpía, la zorra, el basilisco y la «tocapelotas». La National Organization for Women, que llevaba diez años casi languideciendo en la semioscuridad, ha aprovechado la ocasión para proclamar recientemente, en un comunicado de prensa sobre Hillary titulado *Ignorancia y veneno: el sexismo profundamente arraigado de los medios de comunicación*, que «la misoginia de los medios ha alcanzado un récord histórico», proclamación que, como profesora de humanidades y experta en medios de comunicación, me parece sencillamente ridícula.

A principios de este año terció en el asunto Gloria Steinem, decana del feminismo estadounidense durante casi cuatro décadas, que en un incendiario artículo de *The New York Times* defendía a Hillary asegurando que «el género probablemente sea la mayor restricción que sufre el estadounidense medio», otra generalización altamente cuestionable. Tras describir a Hillary como una noble víctima del sexismo, lo que de hecho hacía Steinem era presionar a las mujeres para que la votaran simplemente por ser mujer. En la blogosfera y en las secciones de cartas de lectores de los periódicos, a las mujeres demócratas que apoyan a Barack Obama (como yo) se las ha llamado «traidoras» que están socavando el feminismo. Mi réplica defensiva es que las mujeres han avanzado tan deprisa en la política (tenemos ya alcaldesas, senadoras, gobernadoras y hasta una presidenta del congreso) que ya no existe la necesidad, si es que alguna vez existió, de mantener la solidaridad de género. Las mujeres son seres racionales que pueden votar a quien quieran según sus méritos.

En cualquier caso, se puede argumentar que Hillary es una candidata feminista imperfecta en la medida en que toda su vida pública ha estado ligada a la carrera de su marido; su actividad profesional, además, sobre todo en lo que respecta a la reforma del sistema de salud, ha sido desigual. Estados Unidos está bochornosamente rezagado en comparación con otros países al no haber estado nunca gobernado por una mujer, pero esto se debe, entre otras cosas, a las singulares exigencias de la presidencia estadounidense. Las mujeres de otros países han tenido mucho más fácil llegar a ser primera ministra, es decir, la líder de un partido que llega al cargo cuando su partido gana unas elecciones. El presidente de Estados Unidos no solo representa y unifica a una nación inmensa, sino que también es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, lo que supone una presión añadida para las mujeres que aspiran al cargo. La educación, fracturada por la política identitaria, no prepara adecuadamente a las candidatas a la presidencia, razón por

la cual llevo casi veinte años insistiendo a las feministas jóvenes en que estudien historia militar.

La candidatura de Hillary Clinton ha estimulado y resucitado el feminismo más que ningún acontecimiento posterior a la colosal polémica que generó Anita Hill al testificar contra la nominación de Clarence Thomas como juez del Tribunal Supremo en 1991. Por tanto, es buen momento para recapitular. ¿Dónde estaba el feminismo hasta ahora y hacia dónde va? ¿Por qué retrocedió el feminismo tras el papel destacado que tuvo durante las guerras culturales de la década de 1980 y principios de 1990, cuando los medios de comunicación consultaban a las líderes feministas sobre todos los problemas que afectaban a las mujeres? Irónicamente, fue durante las dos presidencias de Clinton cuando las feministas comenzaron a perder terreno como personajes centrales de la actualidad política. Durante la década de 1990, la prensa aseguraba regularmente que pocas mujeres jóvenes estaban dispuestas a identificarse como feministas.

Dos innovaciones tecnológicas —la televisión por cable e internet— acabaron con la influencia que las feministas estadounidenses habían tenido durante veinte años en el discurso mediático sobre temas de género. De pronto surgieron numerosos puntos de vista alternativos. Inesperadamente, en los noventa nació una nueva generación de mujeres conservadoras con las ideas claras —Laura Ingraham, Barbara Olson, Monica Crowley, Ann Coulter, Michelle Malkin—, que difuminó los convencionalismos sobre la autoafirmación femenina.

Estas mujeres, licenciadas en universidades de prestigio y en algunos casos integrantes del equipo gubernamental de presidentes republicanos como Richard Nixon y Ronald Reagan, eran agresivas, elocuentes, divertidas y alarmantemente más atractivas y elegantes que sus rudas adversarias feministas. Aniquilaron al instante el viejo estereotipo de Pat Nixon: la mujer conservadora poco presumida, tímida, modesta y servicial. Las feministas de la vieja guardia, consideradas unas aguafiestas y unas dogmáticas, estaban perdiendo la batalla televisiva ante una nueva clase de mujeres, valientes y desacomplejadas. Barbara Olson, que murió en el ataque islamista al Pentágono el 11 de septiembre, fue cofundadora del Independent Women's Forum, asociación conservadora y libertaria que se creó como respuesta al sesgo izquierdista de los medios de comunicación durante la instrucción del caso de Anita Hill, en el cual hubo mujeres periodistas del nordeste del país que estaban directamente involucradas y tal vez de modo inapropiado.

Tras el 11 de septiembre y la invasión de Irak, las cuestiones de género quedaron todavía más marginadas por asuntos que eran de vida o muerte, como el choque de civilizaciones en la era del terrorismo. Todo ello hizo resurgir el interés popular por la historia militar (insignias y demás) y por la masculinidad tradicional, cosa que influyó incluso en la temática de los juguetes. El análisis feminista de esta deriva, que etiquetaron de modo predecible como reaccionaria, hacía sospechar su pérdida de contacto con la realidad. Cuando la propia supervivencia está en juego, quizá necesitemos unirnos como seres humanos, en vez de insistir sobre la batalla de los géneros. El legado del 11 de septiembre plantea un reto a Hillary Clinton en cuanto a sus aspiraciones políticas. La necesidad puntual de una candidata política fuerte y resolutiva en el ámbito militar llevó a Hillary a votar por la fatídica resolución de guerra que autorizaba al presidente Bush a mandar el ejército a Irak, decisión de la que ha tenido ocasión de arrepentirse y que la ha convertido en un objetivo constante de ese mordaz y ocurrente grupo de mujeres activistas llamado Code Pink.

Pero ¿qué es exactamente el feminismo? ¿Es una teoría, una ideología o una praxis, es decir, un método práctico? ¿Y acaso es el feminismo tan occidental en sus premisas como para no poder exportarse a otras culturas sin distorsionarlas? Cuando hallamos ideas feministas en autores medievales o renacentistas, ¿estamos proyectando ideas del presente sobre el pasado? ¿Quién es o no es feminista y quién lo define? ¿Quién le confiere legitimidad o autenticidad al feminismo? ¿Una feminista debe formar parte de un grupo o debe asimilar la ideología abanderada por alguno de sus subgrupos? ¿Quién decide, y con qué autoridad, lo que está o no está permitido pensar o decir sobre políticas de género? Y, por último, ¿el feminismo es un movimiento intrínsecamente de izquierdas o puede haber un feminismo basado en principios conservadores o religiosos?

Contamos con textos dispersos, tanto en prosa como poesía, que protestan por la falta de derechos y estatus social de las mujeres, desde Christine de Pisan hasta Anne Bradstreet y Mary Wollstonecraft, pero el feminismo como movimiento organizado comenzó a mediados del siglo XIX, inspirado en la corriente para abolir la esclavitud, al igual que el resurgimiento feminista de la década de 1960 sucedió como reflejo del movimiento por los derechos civiles cuyo objetivo era acabar con la segregación y la privación de derechos de los afroamericanos en el sur profundo de Estados Unidos. El feminismo, por tanto, progresó asociado al proyecto de liberación de un grupo oprimido. Y el feminismo siempre estuvo vinculado a la democracia: no es casual que naciera en Estados Unidos ni que sirviera como modelo al feminismo británico.

Lo cierto es que el feminismo teórico no ha reconocido cuánto debe a la tradición occidental de las libertades civiles de la Grecia clásica, no simplemente a la defectuosa democracia ateniense, con su economía esclavista y su seria limitación del albedrío de las mujeres, sino a la muy anterior aparición de la primera voz individual de la poesía clásica, la de la primera gran escritora de la historia: Safo de Lesbos. En segundo lugar, el feminismo teórico no ha reconocido lo que debe el feminismo moderno no solo al capitalismo sino a la revolución industrial, que transformó la economía, expandió el ámbito profesional y dio a las mujeres por primera vez en la historia la oportunidad de ganarse la vida y zafarse de la dependencia del padre o el marido. La emancipación de las mujeres gracias al capitalismo tiene su mejor ejemplo en los electrodomésticos que ahorran —casi por arte de magia— horas y horas de trabajo, como las lavadoras y las secadoras automáticas, que la mayoría de los occidentales de clase media no aprecian como debieran.

En tercer lugar, la historia feminista no ha reconocido suficientemente hasta qué punto las fundadoras del sufragismo —es decir, del movimiento para obtener el voto femenino— procedían de un entorno religioso. No es casual que tantas de las primeras feministas estadounidenses fueran cuáqueras: Susan B. Anthony, por ejemplo, era hija de un granjero cuáquero y Lucretia Mott era una ministra cuáquera. Fue en las reuniones cuáqueras, que equiparaban a hombres y mujeres, donde las primeras sufragistas aprendieron el arte de hablar en público. El anhelo del sufragio universal, motivado por un idealismo y unos paradigmas religiosos, no puede clasificarse automáticamente como un proyecto de izquierdas. De hecho, la tendencia conservadora de la mayoría de las sufragistas se manifestaba en su proximidad con el movimiento de la abstinencia, cuyo objetivo de prohibir el alcohol finalmente logró imponer catorce años de Ley Seca en Estados Unidos tras la Primera Guerra Mundial. En el siglo XIX el alcohol se consideraba un problema de la mujer, es decir, se alegaba que los hombres de la clase trabajadora malgastaban el exiguo ingreso familiar en alcohol, lo que a su vez conducía al abandono o maltrato de la esposa e hijos. La abstinencia del alcohol, que acaparó el escenario público en la década de 1870, se llamó La Cruzada de las Mujeres o La Guerra Santa de las Mujeres. Las defensoras de la abstinencia se reunían a las puertas de las tabernas y rezaban, cantaban himnos e impedían la entrada a los clientes, molestando todo lo que podían. Muchas tabernas tuvieron que trasladarse o cerrar. Pero fue una de las primeras ocasiones en que las mujeres se movilizaron para cambiar la sociedad: un hito histórico.

Sin embargo, esa intención de regular la conducta privada fue un componente habitual del primer feminismo y resurgiría en la virulenta cruzada antipornografía de las décadas de 1970 y 1980. Las sufragistas del siglo XIX le dieron la espalda a Victoria Woodhull, que defendía el amor libre, tema que Susan B. Anthony, entre otras, consideró que hundiría políticamente a todo el movimiento. El objetivo de ellas era precisamente el contrario: rescatar a las mujeres del «vicio», es decir, de las garras de la prostitución. El sexo fuera del matrimonio tradicional era un peligro que debía controlarse con unas normas morales. La precedencia de la ideología sobre la persona también resulta evidente en la devoción de Anthony a la causa y en su amargo resentimiento ante el modo en que sus colegas se salían del carril debido a sus compromisos familiares y maternales. Al final de sus días, Anthony fue venerada y admirada por doquier, pero su dedicación obsesiva a la causa quizá no fuera el paradigma de una vida equilibrada.

En el relato feminista tradicional hay otras omisiones o elisiones: Margaret Sanger —madre adoptiva de Planned Parenthood, audaz pionera de los derechos reproductivos y encarcelada en 1916 por abrir una clínica de control de la natalidad en Nueva York— se proclamó partidaria de la eugenesia, la doctrina de reproducción selectiva adoptada por el nazismo como parte de su brutal campaña para purificar la raza humana y librarla de los «indeseables».

Las feministas de la «primera ola» hicieron grandes sacrificios, que demostraron un enorme valor y audacia en su reivindicación no solo del voto, sino también de la reforma de las leyes que impedían a las mujeres firmar contratos o ser dueñas de propiedades. Las caricaturas satíricas del siglo XIX retrataban a las sufragistas como «seudohombres» mutantes, que lucían pantalones, fumaban puros y amenazaban con destronar a los hombres de sus poltronas domésticas y profesionales. Cuando las sufragistas estadounidenses dieron sus primeros discursos públicos, aquello se consideró un agravio escandaloso contra las buenas costumbres. Es interesante el hecho de que los primeros estados en conceder a las mujeres estadounidenses el derecho al voto tras la guerra civil estuvieran en el oeste del país, mientras el nordeste, considerado el centro intelectual y cultural de la nación, se resistía. Incluso en 1915, los gobiernos locales de Massachusetts, Nueva York, Pensilvania y Nueva Jersey rechazaron la enmienda constitucional del sufragio femenino. Fueron los llamados «estados fronterizos» del oeste, donde hombres y mujeres trabajaban codo con codo haciendo duras labores físicas, los primeros en considerar a las mujeres como iguales, mientras que en el este del país todavía se veía a la mujer como una «dama» sujeta a un código de delicadeza y

decoro. Las clases pudientes del este parecían pertenecer a una especie distinta que las del sur.

La decimonovena enmienda a la constitución, que otorga a las mujeres el derecho al voto, finalmente se aprobó en 1920 tras una sucesión de manifestaciones callejeras cada vez más concurridas. A partir de 1907 hubo desfiles masivos en Nueva York y Washington, con caballos, pancartas y carrozas, una puesta en escena que las feministas estadounidenses habían tomado prestada de sus homologas británicas. Paradójicamente las feministas británicas, lideradas por Emmeline Pankhurst, eran más agresivas y se habían centrado en el enfrentamiento político y la acción callejera. Las feministas londinenses eran de las que rompían ventanas y se presentaban en los consejos de gobierno. En 1910 intentaron entrar por la fuerza en la cámara de los comunes. El altercado duró seis horas, y acabó con la detención y el encarcelamiento de decenas de mujeres. Posteriormente se aplicarían crueles métodos de alimentación forzada a las feministas encarceladas tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.

En 1917 un grupo de activistas atrincheradas frente a la Casa Blanca perjudicó la imagen del feminismo estadounidense. Mostrando pancartas que reivindicaban el voto femenino, mantuvieron una digna vigilia silenciosa durante meses. Pero los transeúntes masculinos reaccionaron con una agresividad que se tornaría violencia conforme —en plena Primera Guerra Mundial— las consignas de las pancartas se fueron volviendo más provocativas, como la que tachaba al entonces presidente Woodrow Wilson de «Kaiser Wilson». En torno al grupo se empezaron a congregar multitudes hostiles todos los días. Las pancartas acabaron hechas trizas y las mujeres agredidas. Al final la policía prohibió el activismo ante la Casa Blanca, por considerarlo una amenaza contra la seguridad y el orden público. Por desgracia, las feministas empezaron a catalogarse como mujeres subversivas y antipatrióticas. Por tanto, se puede argumentar que el recrudecimiento de la retórica antifeminista antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, no estuvo necesariamente motivada por un «prejuicio antimujer», sino que en algunos casos pudo ser la reacción comprensible ante la deriva ideológica hacia el extremismo fanático de algunas sufragistas.

Muchas de las mujeres alegres y sexualmente atrevidas de los locos años veinte, que bebían, fumaban, decían palabrotas y bailaban briosamente el charlestón, se desmarcaron del sello feminista. De hecho, el movimiento sufragista fue solo parcialmente responsable de la revolucionaria metamorfosis de las mujeres de aquella década. El cataclismo de la Primera Guerra Mundial produjo un desencanto generalizado, pero también un antiautoritarismo espontáneo que debilitó el prestigio de las clásicas figuras paternas imperantes en las instituciones gubernamentales, religiosas y familiares. En segundo lugar, en la cultura popular estadounidense tuvieron un impacto enorme el *jazz* —de origen afroamericano— y las películas de Hollywood. En el caso del novedoso cine, transformó de tal modo la conducta y las expectativas sexuales que en la exigencia de regulación del sector coincidieron centenares de párrocos, docentes, periodistas, funcionarios locales y grupos cívicos femeninos. La consecuencia de esas reivindicaciones fue el infame código de la producción cinematográfica, que gobernó la industria cinematográfica de Hollywood con puño de hierro hasta principios de los años sesenta.

Las décadas de 1920 y 1930 fueron gloriosas para mujeres excepcionales y sabias como Dorothy Parker, Dorothy Thompson, Clare Boothe Luce, Amelia Earhart, Babe Didrikson y Katharine Hepburn. El feminismo quizá se hubiera debilitado como movimiento político, pero los logros y la visibilidad pública de las mujeres fueron extraordinarios. Es deprimente que el feminismo de la segunda ola tachara en un principio a esas mujeres tan activas e innovadoras de «identificadas con lo masculino», presuntamente indiferentes a las necesidades de las mujeres como grupo. En mi opinión, los personajes femeninos admirables son siempre cruciales para demostrar lo que la ambición personal y la iniciativa pueden lograr y para manifestar públicamente una actitud de orgullo y autoestima que puede ser valiosa para otras mujeres menos desenvueltas que luchan por establecer su independencia frente a padres o cónyuges dominantes y frente a jefes y compañeros de trabajo volubles o dictatoriales.

El mensaje prometedor de aquella edad dorada para las mujeres quedó anulado por la gran depresión, el auge del fascismo en Europa y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Mientras los hombres estaban en el frente, las mujeres tuvieron que sustituirlos en las fábricas. Fue el apogeo de Rosie la Remachadora, que salía en un popular cartel estadounidense flexionando los bíceps. Pero cuando los veteranos regresaban de la guerra, se esperaba que las mujeres se hicieran a un lado. La imposición era injusta, aunque tras la Segunda Guerra Mundial, hombres y mujeres compartían una profunda necesidad de recuperar la normalidad de la vida familiar. Los asuntos domésticos pasaron a un primer plano y los roles de género se polarizaron. Hubo una avalancha de bodas con los consiguientes nacimientos: los numerosos *baby-boomers* que ahora se acercan a la jubilación. En torno a 1950 el cine, los programas de televisión y la publicidad empezaron a promocionar la maternidad y la familia como las grandes metas para una mujer. Contra esta

homogeneidad se rebeló el feminismo de la segunda ola, correcta y admirablemente. Pero hubo demasiadas feministas de la segunda ola que extrapolaron su descontento para condenar a todos los hombres, en todas partes y a lo largo de la toda la historia de la humanidad. Por decirlo de otra manera, la ideología del feminismo de la segunda ola debió centrarse en el momento y en el lugar en que había surgido. La domesticidad de la posguerra era un fenómeno relativamente local. El problema no era solo el sexismo. En la sociedad postindustrial la familia numerosa de clase trabajadora pasó a ser la familia nuclear de clase media, dejando a las mujeres tristes y solas en sus confortables hogares. Por el camino habían perdido la compañía, la sabiduría y las labores compartidas de una comunidad femenina ancestral, formada por mujeres dinámicas, alegres y multigeneracionales.

El feminismo de la segunda ola nació con el libro de Betty Friedan *La mística de la feminidad*, publicado en 1963. Su análisis de la anomia que sufrían las amas de casa en los barrios residenciales tocó la fibra sensible de un público amplio de mujeres estadounidenses. Tres años más tarde, Friedan sería una de las fundadoras de la National Organization for Women, el primer grupo político dedicado a asuntos de la mujer desde que casi cincuenta años antes se consiguiera el voto femenino. En los primeros análisis de Friedan faltaban dos puntualizaciones fundamentales: la autora no era una ama de casa cualquiera, como se había retratado a sí misma, sino que había sido una militante de izquierdas en la década de 1950. En segundo lugar, tanto Friedan como sus promotores ocultaron una deuda con el magistral libro de 1949 de Simone de Beauvoir *El segundo sexo*. Cuando Friedan murió hace dos años, los medios de comunicación estadounidenses y británicos reconocieron correctamente su importancia, pero exageraron el papel que había desempeñado en la vida de las mujeres de mi país. Es categóricamente falso que Friedan fuera quien abrió la puerta profesional a mi generación de mujeres nacidas en el *baby-boom* de los sesenta, que ya estaban metidas en las universidades y enfocadas en labrarse una carrera profesional cuando ella publicó el libro. No en vano habíamos heredado el espíritu pragmático de nuestros padres, que habían vivido la depresión y la gran guerra. Friedan no produjo a Germaine Greer, por ejemplo, que ya era una luminaria en su Australia natal. Como tampoco me produjo Friedan a mí en el norte nevado del estado de Nueva York, porque en la década de 1960, antes de salir el libro de Friedan, yo ya era una adolescente que dedicaría tres años a un excéntrico proyecto sobre mi ídolo feminista, Amelia Earhart. El feminismo político que creó Friedan en la década de 1960 fue solo una influencia más entre otras muchas que caracterizaron a mi generación de mujeres briosas.

Casi de inmediato, se abrió una división dentro de la National Organization for Women, que obligaría a Betty Friedan a abandonar el grupo del que era una de las fundadoras. Las mujeres más jóvenes y más politizadas, hartas del sexismo de sus compañeros militantes en el movimiento pacifista, se enfrentaron con las mujeres mayores y casadas de la generación de Friedan, a menudo incómodas ante la homosexualidad. Igual que las sufragistas del siglo XIX temían que los problemas sexuales destruyeran el movimiento, Friedan pensaba que las militantes lesbianas («la amenaza morada», como las llamaba) alejarían del feminismo a las mujeres estándar. La propia Friedan se vio patéticamente marginada cuando Gloria Steinem, una periodista que ella había introducido en el movimiento, atrajo toda la atención mediática por su aspecto telegénico. Steinem, famosa por haber logrado colarse en un club Playboy disfrazada de conejita para un reportaje de denuncia que publicó la revista *New York*, tuvo un papel crucial en la normalización de la imagen del primer feminismo. La melena rubia despeinada, las gafas de aviador molonas, la voz suave y la actitud relajada contribuyeron notablemente a que el feminismo pareciera razonable y no amenazante. En 1972, Steinem fundó *Ms.*, la primera revista chic de gran consumo dedicada a temas feministas. Su nombre, una apócope de *Mrs.*, se normalizaría como el tratamiento no sexista para las mujeres estadounidenses y británicas.

Sin embargo, pese a haberse licenciado en la prestigiosa Smith College, Steinem no era ni una intelectual ni una política teórica. Era una activista incansable y peripatética, pero casi desde el comienzo asumió el papel de guardiana de una ideología victimista que no permitía puntos de vista alternativos. *Playboy*, por ejemplo, que Steinem aborrecía, había sentado las bases para la revolución sexual; Hugh Hefner, progresista nacido en una familia de puritanos de Nueva Inglaterra, había contribuido decisivamente refinando la imagen del macho estadounidense de la posguerra hacia un modelo europeo más sofisticado, amante de los placeres de la buena comida, el vino, el sexo y el *jazz*. Los ataques de Steinem contra el sexo opuesto eran rotundos, al estilo de su famosa frase «Una mujer necesita a un hombre como un pez necesita una bicicleta». Entretanto, se las ingenió para que no trascendiera públicamente lo mucho que le importaban los hombres en su vida privada, en Manhattan. Además, Steinem nunca se cuestionó por qué había metido el feminismo en el saco del programa político del Partido Demócrata partidista, encasillándolo y limitando su alcance.

En el primer fermento de este feminismo renacido, las deportistas como Billie Jean King desempeñaron un papel central. Como Martina Navratilova después de ella, la brusca y temperamental King tenía un estilo sorprendentemente agresivo en la cancha de tenis, que animó a toda una generación de mujeres a practicar deportes competitivos. La aprobación en el congreso en 1972 del Título IX, una sección de las enmiendas constitucionales educativas, multiplicó exponencialmente los programas deportivos para mujeres universitarias, pero a veces a expensas de programas para hombres (como la lucha libre), que con frecuencia se vieron eliminados por despiadados directivos docentes.

En la década de 1970 se creó una profusión de cursos y programas de estudios de la mujer. Todavía no se ha hecho un análisis serio de la institucionalización de la política de género ni de sus efectos sobre el feminismo. Los programas específicos sobre mujeres se montaron caóticamente y a trozos, sin la debida consideración de lo que debería implicar el estudio erudito del género. El dogma victimista del feminismo actual se incorporó en su totalidad, un prejuicio ideológico del que no han logrado librarse los estudios de las mujeres ni su programa sucesor: los estudios de género. Además, buena parte de los primeros profesores de estudios de la mujer venían de departamentos de literatura, por lo que la ciencia quedaba excluida. Pero sin una base de biología básica, ni los estudiantes ni los profesores pueden abordar la maraña de naturaleza y cultura que genera las diferencias sexuales humanas.

Esta nueva materia universitaria de los estudios de mujeres pretendía labrarse una imagen de seriedad, como los también nuevos estudios cinematográficos, pero ambos eran extremadamente vulnerables al postestructuralismo europeo, que empezó a filtrarse en los departamentos de humanidades estadounidenses a través de las universidades Johns Hopkins y Yale a partir de 1970. El postestructuralismo es puro construccionismo social y niega que el género tenga base biológica alguna, atribuyendo demencialmente todas las diferencias sexuales al lenguaje. El sector académico feminista de las grandes universidades tardó poco en producir densos volúmenes de teorías laberínticas que desmontaban los supuestos de los géneros, proyecto que confundieron con un acto revolucionario que tendría resultados sociales utópicos.

En el mundo real, sin embargo, dos hechos importantes marcaron el feminismo de los años setenta. El primero fue el fallo «Roe *vs*. Wade» del tribunal supremo en 1973, que legalizó el aborto en los cincuenta estados. Como ampliación histórica de los derechos reproductivos de las mujeres, es un logro que apoyo sin calificación. Por desgracia el aborto acabaría imponiéndose como núcleo del feminismo estadounidense, lo que distorsionaría y debilitaría su esencia, en mi opinión. El segundo hecho fue la aparición del grupo *stop era*, creado por Phyllis Schlafly, abogada, activista republicana y madre de seis hijos, para derrotar la enmienda de igualdad de derechos, que se había ido abriendo paso legislatura tras legislatura. Este fue un momento decisivo en la política estadounidense, porque el activismo de Schlafly entre la clase media estándar sentaría las bases para el futuro renacimiento del conservadurismo. Las líderes feministas, atrapadas por una ideología cada vez más dogmática, demonizaron a Schlafly sin responder adecuadamente a las inquietudes que había planteado, incluyendo preguntas básicas sobre si las mujeres serían reclutadas para el ejército o si los baños unisex serían obligatorios. Tras una lucha de diez años, la enmienda de igualdad de derechos murió en 1982, al no haber sido aprobada en el número requerido de estados. Pero esta derrota no provocó un autoanálisis de las líderes feministas; por el contrario, endureció sus actitudes defensivas y las instaló en un mundo reduccionista que se divide en feministas y antifeministas.

En la década de 1980 ya se había abierto una sima entre el feminismo académico, entonces bajo el hechizo *chic* de Jacques Lacan, y el feminismo tradicional, orientado a la acción. El currículo de estudios de la mujer se engrosó con los polémicos ensayos de Catharine MacKinnon y Andrea Dworkin, convencidas de que la pornografía es una de las causas de la violación y que, por tanto, debería prohibirse. Este es uno de sus típicos asertos: «Los pornógrafos están en el mismo rango que los nazis y los miembros del Ku Klux Klan en la promoción del odio y la violencia». Qué histérico *agitprop*, indigno de unas pensadoras contemporáneas. El activismo de MacKinnon y Dworkin condujo a la aprobación de ordenanzas contra la pornografía en Indianápolis y Minneapolis, que luego fueron declaradas inconstitucionales. El poder cultural de MacKinnon quedó claro cuando en 1991 el dominical de *The New York Times* la canonizó mediáticamente con una portada y el artículo correspondiente. Un fenómeno paralelo, entre 1980 y 1990, fue la creciente obsesión mediática con la violación estudiantil y en concreto la «violación amistosa», cometida por un conocido. Los espacios de actualidad y las tertulias televisivas dedicaban programas enteros al asunto. Era un tema social importante, sin duda, pero el tratamiento que le daban los medios y las propias universidades convertía a las mujeres, para variar, en unas víctimas indefensas.

Pero un cambio radical le esperaba al feminismo. A mediados de la década de 1980, la imaginería sexual explícita y los semidesnudos que usaba Madonna en sus rompedores vídeos musicales, transmitidos al mundo a través de la recién estrenada televisión por cable, electrificaron a una generación de mujeres más

jóvenes. Madonna inició el proceso de liberalización que condujo a lo que muchos comentaristas, tanto de izquierdas como de derechas, deploran últimamente en un Estados Unidos que llaman «pornolandia». Dentro del feminismo la revuelta contra la tiranía de MacKinnon-Dworkin empezó en la década de 1980 en San Francisco: debates enconados sobre el sadomasoquismo lésbico y el juego de roles *butch-femme* [2]. En 1990 el «lesbianismo *lipstick*» ya empezaba a hacerse hueco y representaba un abandono drástico de la imagen de la feminista lesbiana como una activista política desaliñada que come demasiadas galletas Granola y lleva unos campestres zapatos de cordones.

A finales del siglo XX las feministas de la tercera ola —término estrenado por Rebecca Walker— adoptaron distintas posturas sobre estos temas. A pesar de su puritanismo inicial sobre la belleza, Naomi Wolf acabó reconociendo una línea prosexual cercana a la mía, mientras que Susan Faludi aceptó el dogma de Steinem y del partido demócrata sobre el antifeminismo sistemático de la cultura popular.

Las feministas teóricas y las feministas militantes siempre han mantenido que buscan acoger una diversidad de puntos de vista, pero la realidad era otra muy distinta. A principios de los años setenta estuve a punto de liarme a puñetazos con otras feministas por lo que decían de la música heavy, que luego se tacharía de sexista, por el asunto de las hormonas, que yo consideraba un factor relevante en las diferencias sexuales. A finales de la década de 1980, Christina Hoff Sommers, entonces profesora de filosofía en la universidad de Clark, se topó con un muro al intentar iniciar un debate con otras feministas en conferencias académicas sobre cuestiones fundamentales. Cuando salió mi primer libro, *Sexual Personae*, publicado por Yale University Press en 1990, Gloria Steinem comparó mi ensayo de setecientas páginas sobre arte y cultura, que claramente no se había molestado en leer, con el *Mein Kampf* de Hitler. Cuando un artículo de opinión que escribí sobre el *date rape* para *New York Newsday* en enero de 1991 se reimprimió para distribuirlo por sindicación en todo Estados Unidos, se produjo una reacción desmesurada, incluyendo una campaña orquestada de difamación: el presidente de la universidad de Filadelfia donde doy clase recibió llamadas de todo el país exigiéndole que me despidiera. Afortunadamente, el presidente tomó la sabia postura de que los miembros del claustro tienen derecho a expresarse libremente sobre cualquier asunto público. También tuve la suerte de que mi plaza era fija. Los profesores más jóvenes, entonces y ahora, serían mucho más reacios a expresar un punto de vista heterodoxo. Cuando tres años después, en 1994, Katie Roiphe publicó su libro *La mañana después*, sobre la ideología de la violación estudiantil, los ataques feroces contra ella por parte de las feministas de la vieja guardia fueron indignantes e inconcebibles. En mi opinión, en esa ocasión el feminismo contemporáneo tocó fondo en cuanto a vileza y amoralidad.

La estridencia del feminismo veterano iba en aumento, pese a que el feminismo estaba perdiendo la guerra. Internet, que se convirtió en una herramienta casi universal a mediados de la década de 1990, basa buena parte de su éxito en la diversidad. Cuando la pornografía se trasladó a internet, las feministas empezaron a ser incapaces de rastrearla y detenerla. Internet es un recurso espectacular para las campañas y discusiones feministas, pero también puede ser una de las razones de que el feminismo parezca estar de capa caída, porque los sitios web pueden convertirse en nichos remotos que solo atraen a los verdaderos adeptos.

Las feministas vivieron su último momento estelar del siglo XX cuando se mantuvieron firmes en su defensa de Bill Clinton, desde la demanda presentada por Paula Jones en 1994 hasta el escándalo de Monica Lewinsky en 1998. De repente, olvidaron e invirtieron los argumentos sobre el acoso sexual presentados durante el testimonio de Anita Hill, pese a que Jones, una exfuncionaria del estado de Arkansas, estaba haciendo acusaciones mucho más graves contra Bill Clinton que las de Anita Hill contra Clarence Thomas. Habiendo votado por él dos veces, me horrorizó cómo había explotado el presidente Clinton a la joven Monica Lewinsky: una serie de encuentros sórdidos y furtivos en oficinas financiadas por los contribuyentes, siempre bajo una enorme disparidad de poder, lo que según las feministas obstaculiza cualquier consentimiento informado. La mentalidad politizada de defender al presidente porque era del partido demócrata y las súplicas concretas de varias líderes feministas durante el juicio político de un Bill Clinton al borde de la destitución destruyeron su credibilidad y dejaron gravemente tocados varios de los principios del movimiento.

Una cosa está clara: el feminismo del futuro lo recrearán una serie de mujeres que son jóvenes ahora. Las disputas doctrinales y las guerras territoriales de la generación anterior (yo incluida) deben dejarse de lado. Rechazo el término «posfeminismo», simplismo mediático de la década de 1990 que a menudo me acompaña. No existe nada que se llame así. El feminismo *sigue vivo*, pero atraviesa ciclos de agitación y retirada. En la actualidad no hay un solo tema predominante que logre galvanizar a un amplio abanico de mujeres. Es indudable que el feminismo tiene la obligación de protestar y, si es posible, de corregir los abusos concretos contra mujeres y niños en los países del tercer mundo. Pero el feminismo puede verse de

un modo muy diferente en las sociedades más tradicionales o religiosas, donde la maternidad y la familia aún se valoran y donde la mujer con una carrera independiente es menos típica o poco admirada.

En conclusión, mis propuestas de reforma son las siguientes. En primer lugar, la ciencia debe ser una materia fundamental en todos los programas de estudios de género o de mujeres. En segundo lugar, cada uno de estos programas debe ser evaluado por un cuerpo docente cualificado (no por funcionarios ni políticos) para eliminar todo sesgo ideológico. Deben incluirse textos del sector crítico con el feminismo, desde autores conservadores hasta feministas disidentes. Sin esa diversidad, los estudiantes reciben adoctrinamiento, no educación. Es indudable que entre la actual disidencia del feminismo está el movimiento de la abstinencia sexual, como fenómeno evangélico protestante y también como argumento filosófico, tal como lo expone Wendy Shalit en su primer libro, *Retorno al pudor*, que generó un debate nacional cuando se publicó hace nueve años, pero cuya influencia persiste hoy en los clubes universitarios de castidad, incluso aquí en Harvard. Como veterana del feminismo prosexual que incluye la pornografía y la prostitución, animo a todas estas mujeres jóvenes y castas a seguir defendiendo su individualidad y desafiando el pensamiento grupal y la convención social. ¡Ese es el auténtico feminismo!

Mi recomendación final para la reforma es desmontar por completo el sistema paternalista de los comités cívicos de las universidades y de esos inventos burocráticos intervencionistas que han convertido los campus universitarios estadounidenses en albergues maternales dedicados a la atención al cliente. Las feministas de mi generación del *baby-boom* lucharon para derribar las intrusivas reglas *in loco parentis* que denigraban a las mujeres encerrándolas en las residencias por la noche. Los directivos universitarios y los comités académicos no tienen competencia alguna para investigar los delitos estudiantiles, incluida la agresión sexual. Si se ha cometido un delito, se debe informar a la policía, para que se puedan proteger las libertades civiles tanto del acusador como del acusado. El objetivo no es absolver a los hombres jóvenes de su deber de comportarse honorablemente. El gamberrismo no se puede tolerar. Pero tampoco podemos seguir contemplando la vida entera a través de la estrecha lente del género. Si las mujeres esperan un trato igual en la sociedad, deben abandonar el infantilismo de exigir medidas de protección especial. La libertad implica una responsabilidad individual.

Conferencia inaugural del ciclo «The Legacy and Future of Feminism», pronunciada el 10 de abril de 2008 en la universidad de Harvard. Publicada en el número de primavera-verano de 2008 de la revista Arion.



CAMILLE PAGLIA, (Endicott, Nueva York, 2 de abril de 1947). Profesora de humanidades y de estudios de la comunicación en la University of the Arts de Filadelfia. Con su primer libro, *Sexual Personae* (2001), revolucionó los estudios de género y la mirada feminista sobre la cultura popular. *Vamps and Tramps*, su siguiente obra (publicada en español en 2001) consolidó su fama de feminista «incómoda». Entre otras muchas definiciones, ha sido considerada como «la feminista a la que las otras feministas odian», «una feminista post-feminista», «uno de los 100 intelectuales más importantes del mundo» en 2005 por la revista *Prospect* del Reino Unido e, incluso, en sus propias palabras, «una egomaníaca feminista bisexual». Mantiene una gran actividad como conferenciante y columnista.

NOTAS

[1] El cuerpo de Hannah Graham se halló el 18 de octubre de 2014 en una casa abandonada en las afueras de Charlottesville, Virginia [N. de la A.]. < <

[2] Términos que se emplean para definir a una lesbiana de aspecto masculino (*butch*) y a una lesbiana de aspecto femenino (*femme o lipstick-lesbian*) [N. de la T.]. < <